

César Arróspide de la Flor

La misión del laicado en la Iglesia y en el mundo

Selección de textos

X
46.9
77

cep

**La misión del laicado
en la Iglesia y en el mundo
Selección de textos**

CEP – 89 – 1988

**CENTRO DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES (CEP)
Jr. Lampa 808, of. 601 – Apartado 6118
Lima – Perú**

Febrero 1988

César Arróspide de la Flor

La misión del laicado en la Iglesia y en el mundo

Selección de textos

cep



Presentación

El 11 de octubre de 1962 se inaugura en la Basílica de San Pedro de la ciudad de Roma, el Concilio Vaticano II, cuyas sesiones se prolongan hasta el año 1965. El "motu proprio", por el cual el Papa Juan XXIII lo convoca, precisa que "por primera vez en la historia, la Iglesia iba a reunirse en Concilio, no para definir un dogma ni para condenar un error, sino para tratar de su propia naturaleza, su misión y sus deberes". Y el Responsable de la Sección para la Cultura (SEPAC) de la Conferencia Episcopal de América Latina (CELAM) dice después: "Al momento en que la Iglesia se pregunta sobre sí misma, se interroga sobre su ser y ahonda la razón histórica de su existencia, recupera la dimensión inicial de Pueblo de Dios".

Es en esta dimensión donde aparece la visión positiva del laico. Hasta entonces, éste había sido simplemente el cristiano por el bautismo, no sacerdote ni religioso, sin ninguna connotación propia dentro de la Iglesia. Por primera vez, se elabora una teología específica del laicado, al que se le reconoce, de acuerdo a su naturaleza y ubicación secular, "la función profética, sacerdotal y real de Cristo" que cimienta su autonomía en lo que le es propio. El laicado es la suma de los "seglares", o sea "los que viven en el siglo" y que, por tanto, poseen la versatilidad, la experiencia y la sensibilidad del mundo temporal que ellos mismos construyen.

Del 7 al 12 de octubre de 1966, al año siguiente de clausurado el Concilio, se celebró en la ciudad de Buenos Aires el Primer Congreso Latinoamericano para el Apostolado de los Laicos, y la Sexta Semana Interamericana de la Acción Católica, respondiendo a las orientaciones formuladas por el Concilio en su nueva visión de la misión del laico en la Iglesia y en el mundo. Por eso, se inauguró el certamen con una conferencia sobre el tema, a cargo del representante del Perú, Dr. César Arróspide de la Flor, que editamos hoy.

A continuación, y en relación siempre al apostolado de los laicos, damos a la publicidad el testimonio personal del mismo dirigente, Dr. Arróspide, primer Presidente Nacional de la Acción Católica Peruana, nombrado por el Episcopado al fundarse esa organización, por llamado de Roma, en diciembre de 1935, testimonio que ofrece sus recuerdos y experiencias del apostolado seglar en las primeras décadas del presente siglo, no la historia propiamente dicha, que habría exigido un rigor científico que el autor no ha pretendido.

La segunda parte del testimonio presenta los apuntes consignados por el Dr. Arróspide en lo referente a las actividades apostólicas cumplidas más allá de nuestras fronteras, como los Congresos de la Confederación Iberoamericana de Estudiantes Católicos, las Semanas Interamericanas de Acción Católica, la organización de Pax Romana y los Congresos Mundiales de Apostolado Laico.

Por último, completamos la publicación con un comentario sobre las primeras experiencias ganadas en los quince años iniciales de la Acción Católica Peruana. Este comentario fue formulado en torno a las Conclusiones a las que se llegó en una Convención convocada el año 1949, en ocasión del Cuarto Congreso Eucarístico Na-

cional, celebrado en el Cuzco. Tales Conclusiones comportan una evaluación crítica en torno a las actividades cumplidas en ese lapso y a la comprensión más o menos exacta del compromiso que para los laicos significó el llamado oficial por el que la Iglesia, por primera vez, convocaba a los seglares para asumir su responsabilidad apostólica en el mundo, en cuanto tales.

El interés de ese comentario se mide en su confrontación con la nueva visión del laicado que ha ofrecido, a la Iglesia toda, el Concilio Vaticano II.

El Centro de Estudios y Publicaciones se complace en publicar estos textos, que enriquecen nuestro conocimiento de momentos importantes en la historia de nuestra Iglesia.

*C.E.P.
Lima, Diciembre de 1987.*

Indice

Presentación	5
I. Nueva visión de la misión del laicado en la Iglesia y en el mundo.	11
II. Testimonio personal sobre el apostolado laico en el Perú en las primeras décadas del presente siglo.	29
III. Apostolado laico del Perú en el ámbito internacional	61
IV. Actitud crítica de la Convención Nacional del Cuzco de 1949 sobre la Acción Católica Peruana	85

I Nueva visión de la misión del laicado en la Iglesia y en el mundo

Conferencia inaugural del Primer Congreso Latinoamericano para el Apostolado de los Laicos y la Sexta Semana Interamericana de la Acción Católica celebrados en la ciudad de Buenos Aires en octubre de 1966. Conferencia dictada por el representante del Perú Dr. César Arróspide de la Flor, el 7 de octubre.

El conferencista abordó el tema del laicado en la perspectiva adoptada por el Concilio Vaticano II recién clausurado en 1965.

Señoras, señores:

El primer tema del programa conjunto del Primer Congreso Latinoamericano para el apostolado de los laicos y de la 6ta. semana interamericana de Acción Católica que celebramos a raíz del Concilio Vaticano II, tenía que abordar lógicamente la cuestión relativa a la nueva visión que, de la misión del laico en la Iglesia y en el mundo, se desprende de las enseñanzas que contienen los documentos conciliares.

Ciertamente es una nueva visión, pero ¿en qué medida nueva visión? ¿Es acaso un planteamiento surgido ex-abrupto de las discusiones y documentos preparatorios de esta magna asamblea? En realidad, todos sabemos que el Concilio ha sido al mismo tiempo punto de llegada y punto de partida. Lo primero, por lo que ya se veía, lo que se anhelaba y se pedía. Lo segundo, por todo aquello que está ya definido, sancionado y mandado, desde lo cual se puede partir con seguridad y autoridad. Por eso, muchos principios, hoy confirmados y respaldados, de esta visión, estaban ya en nuestro pensamiento y en nuestra acción anterior.

La nueva visión de la misión del laico supone una nueva visión del laico mismo. Antes del Concilio prácticamente se le define sólo por lo que no es: ni clérigo ni religioso, o sea el común de los fieles informemente ubi-

cados en la Iglesia como remanente. En cambio, la Constitución dogmática de Ecclesia (sobre la Iglesia) lo define como partícipe a su manera, por el bautismo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo. No aparece ya simplemente en forma pasiva, como objeto del apostolado jerárquico, sino llamado él mismo también a procurar el crecimiento de la Iglesia con una propia y específica vocación de laico, la de buscar el Reino de Dios tratando y ordenando según Dios los asuntos temporales.

Todo laico, pues, está llamado al apostolado. La vocación cristiana por su misma naturaleza es también vocación al apostolado; aún más, esa vocación tiene su fundamento en la esencia misma de lo humano. Toda la humanidad está llamada a integrar el Pueblo de Dios, en todos los hombres hay una vocación de Iglesia y en todos los hombres hay la raíz de una actitud apostólica, por su naturaleza social toda persona, cualquiera sea su condición, tiende a proyectarse hacia los demás. La sociedad humana es un sistema de relaciones en el que todo somos en diversas medidas regentes y regidos. El hombre no puede jamás ser un átomo aislado. El hombre incorporado a la Iglesia por su unión a Cristo, perfecciona en el apostolado su natural dinamismo social transfigurado por la gracia. Su vocación apostólica de cristiano no es por tanto una calidad sobrepuesta a su naturaleza humana, sino el perfeccionamiento y plenitud de ella. En el concepto de laico, pues, está supuesta su condición de apóstol.

Los laicos tienen la obligación del apostolado y también el derecho a ejercerlo por su unión con Cristo cabeza, ya que, injertados por el bautismo en el cuerpo místico, fortalecidos por la Confirmación, por el poder del Espíritu Santo, son destinados al apostolado por el

mismo Señor. Para esto los laicos reciben del Espíritu dones peculiares para que cada uno, según la gracia recibida, poniéndola al servicio de los otros, sean todos ellos administradores de la multiforme gracia de Dios. Así contribuirán a la edificación de la Iglesia, en la Iglesia misma y en el mundo, porque aparte de su vocación específica que se ordena al mundo temporal, que construyen creyentes y no creyentes, fieles y gentiles, el laico también tiene una tarea que cumplir desde el seno mismo del Pueblo de Dios. Es ciudadano, pero es también fiel.

Iglesia y mundo: órdenes que se compenetran pero que son distintos. ¿En qué relación están estas dos realidades? Ambas se dan en el hombre, ambas son vida y proceso del hombre. En la Iglesia se juega el destino del hombre en su dimensión trascendente o sea en su dimensión total. En el mundo se juega el destino del hombre en su dimensión temporal. Una apunta a su fin último, la otra apunta a sus fines terrenos o inmediatos. Pero siempre es el hombre, el drama de lo humano. La gran dolencia de nuestro tiempo, que se da en estas realidades y que precipita su crisis, es precisamente la deshumanización del hombre, es decir la mengua, la frustración, el atentado contra su propia esencia de ser libre, creado a imagen y semejanza de Dios, frustración en la falta de respeto a la persona, en el materialismo, en la violencia, en la masificación; y esto porque la sociedad humana de hoy ha perdido su sentido religioso. Aparece insensible, para no decir desconfiada y hostil, al cristianismo y a la religión en general. Aun entre los creyentes la religiosidad padece atenuaciones, deformaciones o perversiones en el indiferentismo, la ignorancia, el jansenismo, la superstición, etc.

La tarea del laico en todo caso ha de ser eminente-

mente rehumanizadora. Y ha de serlo en un momento en que, como nos lo dice el Concilio, somos testigos de que está naciendo un nuevo humanismo en el que el hombre se define por su sentido de responsabilidad hacia sus hermanos y hacia la Historia. La misión del laico frente a las dos realidades, Iglesia y mundo, se especifica: en la evangelización y santificación que le incumbe procurar en la primera, y en la reestructuración del orden temporal, que está a su cargo en el segundo. En ambos campos rehumaniza. Cuando evangeliza y hace percibir al creyente despreocupado su dimensión humana sobrenatural, o santifica elevando al creyente hacia la plenitud de su condición de creatura redimida por el amor de Cristo, y cuando restaura el orden de la creación de acuerdo al Plan de Dios y permite que el hombre se realice plenamente merced a estructuras justas en las que es posible el esplendor de la caridad.

El decreto conciliar sobre el apostolado de los laicos precisa el importante papel que corresponde a éstos en el apostolado de la Iglesia, apostolado que se ordena ante todo al Mensaje de Cristo y a la transmisión de su gracia por el ministerio de la Palabra y de los Sacramentos. Este ministerio está encomendado especialmente al clero, pero los laicos han de ejercer en él la función de cooperadores de la Verdad. Aunque son sólo cooperadores, esta cooperación puede llegar a ser insustituible porque en muchas regiones en que los sacerdotes son muy escasos o como sucede con frecuencia se ven privados de libertad en su ministerio, sin la ayuda de los laicos, la Iglesia a duras penas podría estar presente y trabajar. Aún más, hay ocasiones de emergencia en que el laico en la medida de sus posibilidades de fiel no consagrado por el orden sacerdotal, extiende al máximo su cooperación para suplir al sacerdote ausente o gravemente impedido.

El laico coopera en la evangelización y santificación a través, en primer término, del testimonio de una vida ejemplarmente cristiana que irradie el espíritu de caridad en las relaciones cotidianas con sus semejantes. La convivencia con el cristiano auténtico se hace más fácil y atractiva espontáneamente o, como sin proponérselo el apóstol, por la sola irradiación de una actitud siempre dispuesta a servir y a amar. Pero no sólo el testimonio, sino la palabra dicha a tiempo y en cada ocasión propicia para enseñar y anunciar a Cristo y con el testimonio y la palabra, la acción, la obra buena realizada con espíritu sobrenatural en la que se encarna el empeño apostólico con la convincente efectividad de los hechos. La acción evangelizadora y santificadora del laico es tan necesaria dentro de las comunidades mismas de la Iglesia que sin ella el mismo apostolado de los pastores muchas veces no puede conseguir plenamente su efecto, y transponiendo los límites de esas comunidades parroquiales, diocesanas, nacionales, supranacionales para alcanzar el ámbito del ambiente social general, esta acción es necesaria hasta el punto que muchos hombres no pueden escuchar el Evangelio ni conocer a Cristo más que por los laicos que los rodean.

El aporte del laico a la evangelización es urgido además por los cambios rápidos y profundos nacidos de la inteligencia del trabajo creador del hombre que recae sobre el mismo hombre, sobre sus juicios y deseos, individuales y colectivos, que constituyen una auténtica transformación social y cultural que influye también en su vida religiosa. Esos cambios propios de una nueva era de la historia que vive hoy la humanidad, suscitaron nuevos planteamientos y problemas que exigen una constante revisión de los principios cristianos bajo cuya luz han de ser evaluados y solucionados para evitar gravísimos errores que con frecuencia se multiplican y pretenden

destruir desde sus cimientos todo el orden moral y la misma sociedad humana. Son problemas temporales y en los que sin embargo se juegan valores y principios básicos que atañen al fin último del hombre y a los que el laico ha de aplicar su versación y autoridad en materias técnicas para ofrecer elementos de juicio seguros y suficientes a la meditación e investigación del teólogo.

Esto supone el diálogo interno en la Iglesia entre el laicado y el clero, dentro de la mutua complementación del apostolado laico y el ministerio pastoral. Pero es en las relaciones y valores del mundo temporal en donde se juega la gran aventura del laico y su misión apostólica para edificar el nuevo orden en el que se cumpla la plenitud de la redención. Aquí el laico no es sólo cooperador de la verdad, es el principal responsable y como si dijéramos el titular del apostolado en una sociedad de la que él mismo es gestor. El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. S.S. Pablo VI nos dice: se habla de "consecratio mundi" y se atribuye al laico prerrogativas particulares en el sector de la vida terrena y profana, sector de posible difusión de la luz y de la gracia de Cristo, precisamente porque el laico puede actuar sobre el mundo profano desde dentro, siendo directamente partícipe en su composición y en su experiencia, mientras el sacerdote, para quien está vedada gran parte de la vida profana, no puede influir en general sobre el mismo más que por medios exteriores con su palabra y su ministerio. Y se trata del mundo de hoy, de la humanidad entera a la que el Concilio Vaticano II se dirige expresamente, no sólo a los hijos de la Iglesia y a los que invocan el nombre de Cristo, humanidad que vive dramáticamente una transformación rápida y profunda en medio del hambre y la miseria de los más, y en medio de los descubrimientos más fascinantes de todos los

tiempos y los riesgos más aterradores que alcanzan hasta el de la posibilidad de su propia destrucción total.

El Concilio nos habla de un nuevo humanismo, y pone al hombre como eje de toda su exposición sobre el mundo de hoy. Y es que el cristiano, como dice el Padre Teilhard de Chardin en un escrito que resume todos sus pensamientos, se enfrenta en el momento actual a una situación absolutamente nueva, a un mundo nacido en el seno pero no bajo el signo de la Iglesia, a un mundo que aparece desarrollándose al margen del cristianismo y con un potencial humano mayor que en cualquier otra época. Se trata de una corriente humana naciente.

¿Cuál es la visión que podemos tener de esta humanidad que surge? El Concilio nos presenta el cuadro de sus paradojas: nunca se produjo más riquezas y nunca hubo tanta miseria; nunca se despertó mayor sed de saber en las masas y los analfabetos son incontables; jamás hubo un sentido más vivo de la libertad cuando siguen naciendo nuevas formas de esclavitud más sutiles y profundas. La interdependencia y cercanía de los pueblos por las técnicas modernas de comunicación es asombrosa, pero atroces discordias políticas, sociales, raciales, económicas, e ideológicas los separan más que nunca. Todo nos da el rostro de un mundo efervescente y como enloquecido, en el que se multiplican los desequilibrios en el interior de la persona y en las relaciones de los hombres entre sí, y sin embargo en el que la técnica hace tales progresos que está a punto de transformar la faz de la tierra y aspira a la conquista de los espacios interplanetarios, en el que la historia precipita su ritmo de progreso y la humanidad vive a escala mundial y corre en bloque una misma suerte que ya no se diversifica en varias historias separadas. Pero todo ello no parece ser sino la proyección externa de un proceso más pro-

fundo que se da como siempre en el nivel de los grandes interrogantes que enfrentan al hombre con su propio destino. En el fondo, es la gran crisis religiosa que se da en el hombre de hoy y que se manifiesta en el fenómeno, que se acentúa cada día, de masas que prácticamente se desentienden de la religión, atentas tan sólo al logro de los valores terrenos y fascinadas por su riqueza y fecundidad.

Teilhard de Chardin explica este descreimiento masivo porque el hombre moderno ha adquirido una nueva visión del mundo dentro de una conciencia diríamos cósmica que lo inserta en la totalidad del universo y en su crecimiento global. Es en realidad una angustia religiosa. Se está formando, dice, una religión de la tierra en contra de la religión del cielo. Alrededor nuestro, la lucha verdadera no es entre creyentes y no creyentes, sino entre dos clases de creyentes.

¿Cuál ha de ser la actitud del laico frente a este mundo de hoy? Ante todo, tratar de comprenderlo antes que condenarlo, no dejarse ganar por las inquietudes de una fe que se cree amenazada por todas las renovaciones y engrandecimientos de las perspectivas que el hombre adquiere del universo. Por condenables que sean muchas de las formas tomadas por la fe en el mundo, proceden de un innegable esfuerzo de fidelidad a la vida, es decir, a la acción creadora de Dios que se debe respetar. Además, es un proceso incontenible, dice Teilhard de Chardin, que está unido al desarrollo mismo de la conciencia humana. De lo que se trata es de alcanzar su dimensión, descubrir y mostrar que la moderna religión de la tierra no es en su esencia otra cosa que un impulso inconsciente hacia el cielo, de manera que las energías que parecen tan amenazadoras para la Iglesia son al contrario un aporte nuevo que pueda reanimar el viejo fon-

do cristiano. No condenar sino bautizar y asimilar.

La armonía entre la cultura y la formación cristiana, dice el Concilio, no siempre avanza sin dificultades. Las recientes adquisiciones científicas, históricas o filosóficas plantean nuevos problemas que arrastran consecuencias para la vida y reclaman investigaciones nuevas por parte de los teólogos. Precisa un esfuerzo de adecuación que nos permita percibir todas las proyecciones de un proceso cultural que nos desborda muchas veces pero en el que palpita un nuevo mensaje cuyos valores positivos hemos de asimilar. Y por otra parte, el Concilio concibe la renovación cristiana del orden temporal sobre la base del respeto de su autonomía. La economía, las artes y profesiones, las instituciones de la comunidad política, las relaciones internacionales y otras cosas semejantes en su progreso y evolución, dice, no solamente son subsidios para el último fin del hombre, sino que tienen un valor propio que Dios les ha dado, considerados en sí mismos o como parte del orden temporal. En su Constitución sobre la Iglesia y el mundo de hoy define que si por autonomía de lo terreno entendemos que las cosas y las sociedades tienen sus propias leyes, y su propio valor, y que el hombre debe ir las conociendo, empleando y sistematizando paulatinamente, es absolutamente legítima esa autonomía; que no sólo la reclaman los hombres de nuestro tiempo sino que responde además a la voluntad del Creador, el cual, por el hecho mismo de la creación, dio a las cosas una propia firmeza, verdad, bondad, propias leyes y orden que el hombre está obligado a respetar, reconociendo el método propio de cada una de las ciencias o artes.

¿Cómo ha de cumplir el laico su misión en el mundo de hoy? El laico, además de conocer y respetar el mundo de hoy, debe asumirlo para redimirlo. No se salva al

mundo desde afuera, es necesario encarnarse en él. Precisa hombres positivos identificados con las realidades temporales, hombres verdaderos y modernos, dice Pablo VI. Las circunstancias actuales les piden un apostolado mucho más intenso, y más amplio, no sólo porque el número de los hombres aumenta de día en día, sino porque el progreso de las ciencias y la técnica y las relaciones más estrechas entre las personas han suscitado nuevos problemas que requieren de su cuidado y competencia. Eso extiende inmensamente los campos de su apostolado en gran parte abierto solamente a ellos. La fecundidad de su acción estará por cierto condicionada a su unión vital con Cristo, a la visión sobrenatural que dé internamente una dimensión trascendente a su tarea temporal, han de contemplar a Cristo en todos los hombres, sean deudos o extraños y juzgar rectamente sobre el destino y el valor de las cosas materiales en sí mismas y en consideración al fin del hombre.

Pero la asunción del mundo moderno enfrenta al laico y a la Iglesia toda, a una realidad conturbadora. La humanidad se desarrolla más rápidamente que el cristianismo; no cabe duda, dice Teilhard de Chardin, que el cristianismo ya no progresa con la rapidez deseable, pese a que jamás haya sido tan poderosamente organizado el esfuerzo para la propagación de la fe. Cabe preguntarse si en conjunto por su ente y sus fuerzas vivas el mundo en este momento se aleja de Cristo en vez de acercarse a él. A mi parecer esta situación tiene una causa bien definida, en la forma en que predicamos. El cristianismo no es ya bastante contagioso, ya no se nos entiende. Y más adelante Teilhard sugiere la predicación deseable: Cristo ofreciéndose, no sólo como salvación del alma sobrenatural, sino de toda la construcción física que condiciona las almas, Cristo presentándose, no perdido en las nubes, sino chorreando las energías del mundo en el

cual se ha inmergido Cristo revestido del mundo.

La condición de la sociedad humana, que van afirmando los nuevos tiempos lejos del cristianismo tradicional, hace pensar además que llegará día en que se perderán las naciones católicas que imprimían a los hombres un sello cristiano anterior a toda personal decisión. Entonces los hombres no serán ya más cristianos por costumbre y tradición sino cristianos por un acto de fe personal, dice Karl Rahner. Eso supone una acción mucho más profunda y viva del apóstol en una sociedad en permanente tensión y polémica. Tal situación reclama de él una apertura decidida y valiente frente al mundo que se transforma y se ensancha más allá de todas sus habituales previsiones. Que el cristianismo cese al fin su resistencia, llega a decir Teilhard de Chardin, frente a las nuevas dimensiones espaciales, temporales, psicológicas del mundo a nuestro alrededor. Sólo se convierte a lo que se ama. Si el cristianismo no simpatiza plenamente con el mundo naciente, si no siente en sí mismo las aspiraciones y ansiedades del mundo moderno, si no deja crecer en su ser el sentido humano, jamás realizará la síntesis liberadora entre la tierra y el cielo. Por todo esto, la asunción del mundo por el laico requiere que éste comprenda en toda su hondura el hecho de que la transformación radical que lo envuelve a él mismo, en muchos casos, no entraña en el fondo, sino una transformación del alma naturalmente religiosa de la humanidad y que comparta una nueva actitud de adoración.

En esta asunción decidida y profunda, al expresarse en el diálogo del laico con el mundo —el diálogo es una actitud de nuestra época— cada vez con más claridad y exigencia se levantan voces nuevas en la sociedad humana que reclaman su parte en la construcción de su propio destino. Son los sectores del pueblo, de los que

emerge una nueva clase antes retenida, que entabla el diálogo con el patrón o participa en la gestión de la empresa. Son los jóvenes que acceden al gobierno de las instituciones en las que se juegan sus intereses, antes contemplados sólo por los mayores, o que ocupan situaciones reservadas normalmente a éstos hasta ahora; son las mujeres que alcanzan paridad con el hombre en la acción cívica y política y plantean en discusión pública su propia visión de los problemas.

La Iglesia recoge esta actitud de la sociedad actual, o mejor la vive con ella, y recomienda para la formación del laico que se acrecienten los valores verdaderamente humanos, sobre todo el arte de la convivencia fraterna, de la cooperación y del diálogo. Los laicos han de formarse especialmente para entablar diálogo con los otros, creyentes o no creyentes, para manifestar directamente a todos el Mensaje de Cristo. La Encíclica "Ecclesiam suam" de S.S.Pablo VI ha dedicado uno de sus capítulos expresamente al diálogo. La Iglesia, dice, debe ir hacia el diálogo con el mundo en el que le toca vivir y exponer sus fundamentos teológicos, su origen transcendente que está en la intención misma de Dios. Igualmente las condiciones del diálogo de la salvación, de las que se derivan las del diálogo en el mundo.

Ante todo, el laico debe entablar ese diálogo sin prevenciones ni reticencias, con la libertad interior del cristiano penetrado de caridad y de prudente confianza en los demás hombres. Su diferencia frente al mundo no es separación, ni temor, ni desprecio. Se ha de acercar a él sin condenaciones apriorísticas ni en polémica ofensiva; por el contrario, dispuesto a acoger todo valor honesto, por distante que sea el ámbito del que proceda, para elevarlo al nivel sobrenatural. Hace falta aún antes de hablar, oír la voz, más aún el corazón del hombre, com-

prenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y, cuando lo merece, secundarlo, tener en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que oye.

La Encíclica describe lúcidamente la actitud que ha de asumirse en el diálogo, aun en los casos más difíciles y distantes, cuando, por ejemplo, se refiere al esfuerzo por descubrir el íntimo espíritu del ateo moderno, los motivos de su turbación y de su negación; descubrimos que son complejos y múltiples, dice, tanto que nos vemos obligados a ser cautos al juzgarlos y más eficaces al refutarlos. Vemos que nacen a veces de la exigencia de una presentación más alta y más pura del mundo divino, superior a la que tal vez ha prevalecido en ciertas formas imperfectas del lenguaje del mundo, formas que deberíamos esforzarnos por hacerlas lo más puras y transparentes posible para que mejor expresen lo sagrado de que son signo. Los menos invadidos por el ansia llena de pasión y utopía, pero frecuentemente también generosa, de un sueño de justicia y de progreso, van en busca de objetivos sociales divinizados que sustituyen al absoluto innecesario, para ellos objetivos que denuncian la necesidad insoslayable de un principio y fin divino cuya trascendencia e inmanencia toca a nuestro paciente y sabio magisterio revelar.

Todo esto nos lleva a comprender cómo hemos de deponer toda actitud dogmática y coactiva y cómo hemos de saber esperar sin apremios la lenta maduración psicológica e histórica tras la cual tal vez germinará nuestra humilde palabra precipitando la hora de Dios. El diálogo cristiano procede de un impulso de caridad potencialmente universal, abierto a todos los hombres de buena voluntad. En él corremos los riesgos de todo acto de entrega plena y generosa, riesgo por nuestra humana debilidad, por el compromiso de nuestra fe que debemos

mantener incólume, riesgo de que no atinemos a mantener su nivel de calidad, que nos desviemos a la polémica hiriente, a la disidencia o al altercado.

Sintetizando todo lo expuesto en torno a la nueva visión de la misión del laico que nos ofrecen las enseñanzas del Concilio Vaticano II, hemos considerado pues, en primer término, que el Concilio nos da una versión positiva y actuante del laico mismo, como cooperador de la verdad al lado del sacerdote, y como responsable directo en el mundo temporal de su ordenamiento según el Plan de la creación. Tiene la obligación y el derecho de contribuir al crecimiento de la Iglesia pero es en el mundo —en el mundo de hoy— donde ha de cumplir su misión específica del laico, enfrentándose a la realidad conturbadora y dramática de una transformación cuyos alcances es difícil penetrar y en la que se juega el destino futuro de la humanidad entera. Por eso, su compromiso apostólico corre humanamente los más graves riesgos si no está dispuesto a revisar todos sus conceptos y actitudes de apóstol para adecuarlos a la inusitada dimensión del cambio. Tiene que respetar un mundo en asombroso progreso que se debate entre las más exaltadas esperanzas y los más duros padecimientos, entre los más alentadores logros, y las más condenables deformaciones. Y no sólo respetarlo sino asumirlo y no sólo asumirlo sino amarlo para poderlo redimir. Inmerso en él ha de cumplir su función de apóstol en diálogo con ese mundo, que le abre cada día una nueva perspectiva y le exige cada día un nuevo planteamiento.

El laico de hoy, por tanto, ha de vivir la urgencia de su propia conversión para ser humanamente apto al encarar su tarea apostólica, ha de superar toda una tradición de apostolado de fuerte matiz clerical que mermaba su eficacia de laico y que lo ubicaba frecuentemente le-

jos de las inquietudes y tensiones del mundo, acaso con un impensado sentimiento de superioridad y a la vez un inconfesado temor de él. El laico de hoy, más que nunca íntima y fervorosamente unido a Cristo, ha de actuar edificando, codo a codo con creyentes y no creyentes, la nueva sociedad humana, dispuesto siempre a dar, pero también muchas veces a recibir, siendo portador del Mensaje, pero recogiendo a la vez los retazos de verdad que el alma naturalmente cristiana de la humanidad ofrecerá en su camino. En lucha por el Reino, por el Reinado universal de Cristo; con energía pero con amor; con prudencia, pero con audacia; abierto siempre a la renovación, esperando el amanecer de una nueva era en la que florecerá el empeño de cada hombre de buena voluntad, pero sobre todo la entrega generosa del cristiano que cumplió su deber de caridad.

Testimonio personal sobre el apostolado laico en el Perú en las primeras décadas del presente siglo

Los apuntes que constituyen este testimonio personal fueron consignados por el autor con el objeto de dejar memoria de hechos que él mismo vivió o de los que tuvo referencia directa en su juventud, y aun en su madurez. Juzgó que podían servir a los que más adelante realizaran la investigación de la Historia de la Iglesia en el Perú. Así, les sería dable conocer detalles que muchas veces no han quedado escritos o cuya prueba escrita se perdió, acaso definitivamente. Sobre todo, que podían servir para relacionar hechos aparentemente hoy dispersos y para fijar la secuencia real de los mismos. Juzgó que esos apuntes podían contener juicios, tal vez parciales, que deberían ser rectificadas cuando se confrontaran con documentos que el autor no conoció o no pudo examinar detenidamente. Ha ensayado, además, señalar algunas etapas en la forma que resulte más conveniente para seguir los tramos del proceso.

Una primera versión de este testimonio fue publicada en la Revista de la Universidad Católica, Lima, n. 5, agosto 1979.

EL APOSTOLADO LAICO EN EL AMBITO NACIONAL

Después de un apunte histórico sobre apostolado laico en el siglo XIX, contenido en el libro que se editó dando cuenta de un Congreso celebrado en Lima en Noviembre de 1896, el testimonio personal que publicamos arranca de los años 20 del presente siglo. Entonces, al parecer, no quedaba nada de las actividades ochocentistas, salvo una magra proyección de ellas en la Unión católica de Caballeros y, sobre todo, en la Unión Católica de Damas, sellada ésta última con el aristocratismo y externa formalidad del catolicismo seglar de viejo cuño.

Pero en esos años se han producido ya dos acontecimientos trascendentales que habían de transformar la faz del mundo: la Guerra de 1914 (preludio de la Segunda Guerra Mundial) y la Revolución Rusa de 1917. Aquí, en el Perú, se vivía también, en nuestra dimensión local, el cambio que, en la política y la sociedad toda, significó la dictadura de Augusto B. Leguía. De mucha mayor trascendencia, sin embargo, había de ser la renovación que, más allá de lo exclusivamente político, se produce, en lo radicalmente social, con José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, y en lo intelectual y artístico, con José Sabogal, Arguedas, "el indigenismo" plástico, el pentafonismo musical, etc., etc.

La Iglesia no pudo dejar de ser afectada por el cambio. De un lado, el oficialismo de un gobierno membreado "católico", que culminó su manipulación en la Consagración del Perú al Sagrado Corazón de Jesús, frente al anticlericalismo tradicional que encarnaba González Prada y que asumió, en reacción inmediata, la naciente Apra.

Del otro lado, el nuevo espíritu renovador suscita, en otro ámbito no político de jóvenes católicos, una actitud revolucionaria destinada a rescatar para su fe el prestigio intelectual y la hombría que le regateaban sus adversarios. Se manifestó tal renovación en empeños tales como el de la revista *Novecientos*, en San Marcos, o la A.S.J., institución social de jóvenes que emprendieron la conquista para la Iglesia de una nueva generación.

Muy poco tiempo después, llega a nuestro Episcopado la hora de la Acción Católica, ya ensayada parcialmente por esos años, y que se constituye en plenitud en diciembre de 1935. Se vive entonces la fascinación provocada, entre los católicos más fervorosos, por el llamado oficial del Pontífice al laicado para participar en su tarea apostólica. Es la primera vez, en la Historia de la Iglesia, que se pide oficialmente tal cosa al seglar. No era fácil asimilar de inmediato la hondura de la radical novedad. Explicablemente, con buena voluntad pero sin penetrar totalmente el mensaje, se implementa un apostolado laical de simple suplencia del sacerdocio, escaso desde hacía mucho tiempo, y con los tradicionales lastres del burocratismo organizativo habitual.

La magra eficacia de este empeño llegó a provocar, pasados los primeros 15 años de trabajo, una exigencia de eficacia, penetración y reajuste que pudo hacerse explícito en ocasión de un diálogo informal y libre entre

dirigentes, cuando el Congreso Eucarístico de 1949, celebrado en el Cuzco. Lamentablemente, las propuestas renovadoras formuladas provocaron la reacción negativa de los sectores conservadores. Tales propuestas solamente hoy encuentran un asidero en las precisiones señaladas sobre la función del seglar por el Concilio Vaticano II.

ANTES DE LA CONSTITUCION DE LA ACCION CATOLICA PERUANA

1. Un Antecedente del Apostolado Laico en el Siglo Pasado: El Primer Congreso Católico del Perú.

Existen publicados en Lima, el año 1897, y en la imprenta de la denominada Librería Clásica y Científica, los Anales del Primer Congreso Católico, convocado por la Unión Católica del Perú e inaugurado en nuestra capital, en el Templo de San Francisco, el día 8 de noviembre de 1896. El Presidente de la Comisión Organizadora, Señor Carlos M. Elías, afirma en su discurso inaugural que "la obra de los Congresos es propia del laicado, que ayuda con sus labores al Episcopado y al clero, estudiando los males que afligen a la Iglesia en el orden externo y social y los remedios oportunos" (pág. 78).

El Consejo Central de la Unión Católica promulgó un Estatuto conforme al cual el Congreso se dividió en tres Secciones que se ocuparían: la primera, de derechos y libertades del catolicismo; la segunda, de Prensa y Propaganda Católica; y la tercera, de Obras de Educación, Caridad y Piedad Cristiana. Los miembros inscritos en cada una de las tres secciones presentarían el fruto de sus deliberaciones en sendas sesiones plenarias dedicadas a cada uno de los referidos temas.

Además de los Caballeros miembros de la Unión Católica del Perú, fueron invitados a participar los miembros del Centro de Juventud Católica, por entonces "naciente sociedad", como la califica su Presidente al responder y aceptar la invitación, y para la cual se creó una Sección especial, además de las tres previstas, Sección que se ocuparía de asuntos concernientes al mundo juvenil. Aparte de esto, la Unión Católica de Señoras, a invitación de los organizadores, constituyó también otra Sección, que celebraría, como los jóvenes, sus sesiones privadamente. Eso sí, se especifica que los acuerdos a los que llegaran las Damas serían presentados ante las sesiones plenarias del Congreso, por el Señor Obispo, Director de la Institución femenina, y por tres Caballeros designados por las socias de la Unión Católica de Señoras, las que quedaban desde luego, invitadas a asistir, como oyentes, a las referidas sesiones plenarias.

Cabe agregar, para formarse idea de la significación que asumió el Primer Congreso Católico del Perú, que figuraron entre sus autoridades auspiciadoras e invitados, además del Señor Nuncio Apostólico de su Santidad, los Señores Obispos de todas las Diócesis del Perú y demás autoridades e Instituciones religiosas del país, además de altas personalidades del laicado. Por último, se propuso la celebración, en adelante, de Congresos semejantes, cada tres años, en la capital, y se aludió a la próxima celebración de un Segundo Congreso, en la ciudad de Arequipa. Además, se advirtió que "no se tratará de asuntos políticos ni se permitirá discusiones relativas a las luchas de los partidos".

2. Las Organizaciones Católicas de Laicos en los Comienzos del Siglo.

Después de haber consignado, como antecedente, los

anteriores datos relativos a la realización del Primer Congreso Católico del Perú, que constan de una fuente histórica formal, he de iniciar los apuntes sobre las actividades apostólicas de las que yo puedo dar testimonio personal a partir de los años 20; es decir, prácticamente tres décadas después. En el cuadro de esta nueva época han desaparecido los rastros que habríamos imaginado subsistentes después del Primer Congreso y de sus propósitos de acción inmediata.

En realidad, sólo recuerdo la subsistencia de las dos Instituciones, aludidas antes, de la Unión Católica de Caballeros, muy venida a menos, y la Unión Católica de Señoras. Estos títulos, desde luego, mantenían el sentido de clase que era habitual hasta que la Acción Católica inaugurara un sentido más democrático, designando a esos sectores como Acción Católica de Mujeres y Acción Católica de Hombres. El clasismo se manifestaba más en ellas que en estos últimos. Recuerdo, por ejemplo, haberme informado de que la organización de damas, en Lima, sesionaba en la casa particular de su aristocrática Presidenta, a la que acudía el Señor Arzobispo de Lima. Me tocó escuchar a una de estas Presidentas, que no había citado a una nueva socia, esposa de un personaje de cierta representación, recién llegado a la capital, "porque no se visitaba con ella".

La misma dama, y como otro ejemplo, lamentaba que los grupos de juventud católica estuvieran cada vez más integrados por miembros de la "clase media" y aún más, "de la clase media, media". La preocupación por el "nivel social" de los laicos apostólicos era muy grande. Juzgaban que debían pertenecer a la "clase dirigente" de la sociedad. Igual preocupación clasista encontré en Arequipa donde un caballero que, en una reunión de católicos, me vió departiendo cordialmente con un muchacho

blanco y bien puesto; dados estos signos y para evitar, sin duda, una lamentable equivocación, me advirtió que se trataba de "un obrerito". Exactamente el mismo sentido tiene una anécdota más, que me permito consignar. Una dama muy importante, Presidenta de la Unión Católica, a quien traje un encargo a raíz de mi vuelta de México, donde asistí a una convención de estudiantes católicos, y a quien comenté que los muchachos católicos mexicanos no conocían a Riva Agüero ni a Víctor Andrés Belaunde (nuestras luminarias católicas de entonces) y que, en cambio, los izquierdistas conocían muy bien a José Carlos Mariátegui, me interrogó inmediatamente : ¿Hijo de qué Mariátegui? La buena señora necesitaba ubicar al pensador peruano, de quien no tenía la mínima idea, dentro del escalafón social.

Los "caballeros" eran sin embargo más democráticos. Sesionaban en un local institucional y no mostraban tantas exigencias. Pero me atrevo a pensar que era que la Unión Católica masculina andaba bastante decaída, inactiva y sólo presentaba una personalidad de relieve, en un abogado joven, muy buen orador y bien vinculado socialmente: el Dr. Carlos Arenas Loayza. En realidad, los miembros de la entidad actuaban en un ámbito sobre todo pietista, de cofradías, procesiones y otras manifestaciones de religiosidad de este tipo. Los padres jesuitas mantenían sus tradicionales Congregaciones Marianas hacia las cuales procuraban atraer a la juventud.

3. El primer brote intelectual católico en la Universidad de San Marcos: el grupo Novecientos (1923 a 1925 ó 1926)

Significaba este momento la etapa de renovación surgida a raíz de la guerra del 14, en todos los ámbitos, también en el de la cultura y el arte. Es la etapa anti-ro-

mántica y la etapa en que se evidencia la crisis de la democracia representativa. Hasta entonces la fe católica ha sido considerada, principalmente entre los estudiantes, como signo de limitación intelectual y poquedad espiritual de jóvenes timoratos que se refugian en la religión tradicional, que no se atreven a cuestionar. Es la consecuencia del clima fuertemente anticlerical, que se vivía también en Europa, sin la compensación, en el Perú, de la existencia de un partido conservador defensor de la Iglesia, como en Chile. A todo ello me he referido anteriormente en un trabajo publicado en el No. 5 de la Revista de la Universidad Católica, de agosto de 1979.

Por esos años de cambio se levanta un grupo de estudiantes, en San Marcos, que coetáneamente a las protestas del APRA por la consagración del Perú al Corazón de Jesús, bajo la dictadura de Leguía, afirma por su parte, en el ambiente universitario una posición católica intelectual, no política pero de alta jerarquía. Se reclama del testimonio llegado hasta nosotros entonces, de grandes mentes de literatos, poetas, polemistas, artistas, todos ellos católicos, como León Bloy, Papini, Claudel, Maritain, el gran pintor Rouault, el compositor de vanguardia Messiaen, etc., para romper el prejuicio adverso a la jerarquía cultural del catolicismo.

El jefe del grupo era José León Bueno, con atributos incuestionables de líder: inteligencia lúcida, valentía, atracción personal, carisma. Su ubicación ideológica, propia pero no necesariamente del grupo, adolecía de explicables signos conservadores, por fascinación ante ciertos movimientos europeos monarquistas y prefascistas, como L'Action Francaise, aún no condenada por Roma. Ante la utopía comunista de la conversión del mundo entero a su ideología, a raíz de la Revolución Rusa del 17, la tónica general del grupo, en el que mili-

té yo mismo, la daba su preocupación por rescatar la jerarquía intelectual de la Iglesia. Figuraba en él también José Jiménez Borja, un poeta sumamente fino de unos veinte años, y cierto número de estudiantes más jóvenes de muy buena calidad cultural. El grupo editó una revista con su nombre "Novecientos", el año 1924, cuyos números habría que estudiar —no recuerdo si fueron ocho o nueve— para precisar los perfiles de la posición doctrinaria de ese órgano. Recuerdo que en un número de dicha revista se publicó por primera vez una poesía hasta entonces inédita de José María Eguren.

Se celebraban sesiones semanales en el estudio del padre de José León, después de las horas de oficina, y algunos miembros dictaban charlas de su especialidad, sobre temas "de vanguardia". Recuerdo haber dictado una sobre Claudio Debussy, cuya música "revolucionaria" recién empezaba a conocerse en Lima. El grupo Novecientos duró poco tiempo, porque cedió el paso a otro iniciativa, mucho más amplia y que desbordaba el ámbito universitario, no sólo en sus metas sino también en sus componentes, La Acción Social de la Juventud, que tendría una sección intelectual y cultural entre otras.

4. Gestación del primer movimiento de envergadura del catolicismo seglar

Por el año 1925 el Dr. Carlos Arenas Loayza, Presidente de la Unión Católica de Caballeros llamó, como vocales de la Junta Directiva de la institución, a tres jóvenes universitarios, que éramos José León Bueno, José Jiménez Borja y yo. El, siempre propenso a la utopía había concebido la idea de una Federación Nacional de Universitarios Católicos. Pronto surgieron entre el presidente y la célula joven discrepancias debidas a la menta-

lidad tradicional y la escasa operatividad del Dr. Arenas. El líder de esa célula, León Bueno, inició un movimiento de tendencia renovadora que llegó en un momento a provocar algo que podía parecer una conspiración dentro de la institución. Empezaron a realizarse reuniones privadas, con otros elementos jóvenes, que eran citados en notas que recomendaban "puntualidad y secreto". Fue necesario, por lealtad, plantear al Dr. Arenas nuestro propio proyecto de una nueva institución, en términos mucho más realistas y de mucha mayor apertura a los problemas del catolicismo de ese momento. Sin embargo, se le pidió, y él aceptó, presidir la nueva institución proyectada. En realidad, nosotros necesitábamos el respaldo de una persona mayor y con prestigio para poder realizar las múltiples gestiones, sobre todo económicas, indispensables para cumplir nuestros propósitos.

5. La Acción Social de la Juventud

Se juzgó atinado no emplear el nombre de "católica" en vista de los prejuicios muy marcados que subsistían todavía contra la Iglesia. Se trataba de un proyecto audaz: conquistar a la nueva generación de la clase media, no sólo a los jóvenes que salían de los colegios particulares sino también de los colegios nacionales. Se decidió abrir una especie de club y, para esto, dimos un salto al vacío tomando un local espléndido en el Jirón de la Unión, que nos costaba la entonces crecida suma de trescientos soles mensuales. Hay que tener en cuenta que la cuota de los socios era sólo de dos soles.

Ganamos la partida. El local pudo pagarse desde el primer mes. Habíamos recurrido a donativos y regalos de algunos muebles y habíamos tomado al crédito lo demás. Entre los regalos figuraba una pianola que daba testimonio sonoro muchas horas en el día, de la presencia

del club. La afluencia de socios obligó a crear pronto una Junta Calificadora para tamizar las solicitudes de los postulantes. Poco tiempo después, los admitidos fueron más o menos unos mil quinientos en una ciudad como Lima, que era entonces prácticamente una aldea. No hay que olvidar que por el Sur terminaba en el Paseo Colón, por el Oeste en la Plaza 2 de Mayo, por el Norte en la Alameda de los Descalzos y por el Este en los Barrios Altos. Hoy podemos identificar antiguos socios de la A.S. J. entre embajadores, magistrados, catedráticos, rectores universitarios, sacerdotes, profesionales de alto prestigio, empresarios, hacendados, políticos, intelectuales, etc. así como, también, empleados y comerciantes.

6. Tensiones y discrepancias de mentalidad con la Presidencia de la Acción Social de la Juventud

Sucedió lo que era previsible pero que nuestra inexperiencia nos había impedido advertir. Las dificultades se suscitaron cotidianamente. Baste citar como ejemplo que el presidente pensó inaugurar la institución el 8 de Diciembre de 1926, con una actuación en el Teatro Municipal, a la que asistieran la Jerarquía eclesiástica, diplomáticos y personas representativas del mundo social e intelectual. El resultado fue la negativa a una inauguración solemne: "la institución vive y esto basta". En otra oportunidad se reclamó un dosel y estrado para la presidencia. Como se ve, eran detalles pero que constituían signos de una mentalidad totalmente ajena a la nueva generación, sin formalismos y abierta a la acción. Detrás de esos detalles se fue suscitando una explicable desconfianza del Dr. Arenas frente a sus colaboradores. Estos reconocían los beneficios de la actuación del presidente, orador nato, que arengaba continuamente a la masa de socios enfervorizando el ambiente; pero la diferencia de mentalidad fue creando dentro de los diri-

gentes una escisión que decidió al Dr. Arenas a retirarse de la institución. Es necesario dejar constancia de que lo hizo con una gran nobleza, que tuvo la inteligencia de comprender que se trataba de una insalvable diferencia de generaciones y al apartarse no dejó de ser un protector de la obra.

Los fundadores, y el grupo más cercano de socios que los rodeó en la gestión, se entregaron verdaderamente con una decisión y con una convicción de la trascendencia de su tarea que provocó una verdadera "mística" para la cual ningún sacrificio retraía la colaboración de los gestores. Para reemplazar al Dr. Arenas se llamó a otra persona madura, cuyo respaldo todavía nos era necesario, el Dr. Evaristo Gómez Sánchez, muy aficionado a los deportes y sin preocupaciones intelectuales muy exigentes y por tanto mucho más "practicable". Con este colaborador de gran voluntad y nobleza, continuamos esta situación transicional hasta el momento en que se juzgó que había llegado la hora de que uno de los fundadores debía asumir la presidencia para evitar todo equívoco en relación a la autenticidad de la dirigencia. No se eligió al "líder", José León Bueno, porque, como toda personalidad muy fuerte, provocaba fácilmente anticuerpos y dividía el mundo en dos: los suyos y los otros. Por esa razón, de acuerdo con él, que lo reconocía así, se me nombró presidente. Sin embargo, resultó difícil a León mantener el sacrificio que le había significado su decisión de renunciar al poder. Por más que mantuvimos cordiales relaciones, llegó un momento en que no fue posible evitar una escisión en la institución que, por otra parte, llegó a crecer mucho pero perdiendo su unidad inicial por la incorporación de elementos bastante heterogéneos.

7. El Estatuto de la A.S.J.- Lo utópico y lo real en los propósitos

El primer artículo precisa el fin de la sociedad. Se discutió mucho, surgieron contradicciones y se me encomendó pedir opinión dirimente al P. Vicente Sánchez S.J., de gran prestigio (no teníamos asesor). Quedó precisado el fin como el "realizar la solución de los problemas religiosos, sociales y nacionales del Perú mediante la profesión y aplicación del catolicismo y el cultivo del sentimiento de Independencia nacional".

El segundo artículo señalaba los medios de acción, algunos de los cuales quedaron en el papel, como la organización de la Acción Social Obrera y la Acción Social Artesanal, así como la de una Universidad Industrial gratuita. Todavía más, quedó en el papel el propósito de procurar la solución de los conflictos entre el capital y el trabajo por arbitraje y el de la instrucción del indio, la evolución del latifundio y el ayllu hacia la pequeña propiedad y la oposición a las empresas industriales dañosas al interés social y al porvenir nacional. Basta lo expuesto para medir el caudal de "utopía" que nos embargaba.

Algo curioso del estatuto es que crea, aparte de los organismos habituales de administración, uno llamado La Guarnición (Whips, látigos) formado por 50 miembros para movilizar a los socios. Cada uno tenía a su cargo 10 socios. Pero lo más curioso es que los whips no son mencionados en las circulares internas, los boletines impresos y la revista que se publicó. Tenían, según recuerdo, sus reuniones aparte con la directiva, frecuentemente no en el mismo local y de noche. Eran como animadores o activistas. No estoy cierto, pero creo que fue inspiración de León, muy tomado por el espíritu de cierta tendencia operativa proclive a las tendencias fascistas

de la época. Era evidente la eficacia del procedimiento, que respondía a la admiración por los regímenes fuertes muy vigentes entonces en Europa.

8. La vida y acción real de la A.S.J.

Estas se reflejaban en las circulares, boletines y revistas que se conservan en el archivo, y por cierto, en las actas que se encuentran en el mismo y en poder hoy del P. Gerardo Alarco. Esta acción efectiva se centraba en torno a 3 polos: (1) la vida cotidiana del club; (2) las actividades culturales; (3) las actividades deportivas.

(1) *El Club* constituía un instrumento de atracción para la juventud y su objetivo era contrarrestar la penetración de la Y.M.C.A. y toda forma de penetración protestante y norteamericana; dar oportunidad para promover el diálogo y la camaradería generacional, desde el supuesto implícito de una posición católica. Se cuidó que el amplio local estuviera elegantemente presentado, con mesa de billar y juegos de ping-pong, damas, ajedrez, esgrima, etc. Se organizaron torneos y concursos, paseos, excursiones y campamentos entre los socios; había una gran preocupación de presentar una imagen alegre y positiva de la obra católica.

(2) *Las actividades culturales.* Acabamos de señalar la preocupación de la imagen externa. Se trataba de afirmar el nivel de jerarquía cultural y de buen gusto moderno y no sin cierta tendencia a impactar al visitante. Recuerdo, como ejemplo, la sala de recibo con elegantes confortables de raso rojo en un entorno de paredes con papel color azul añil y otras "puestas en escena" de la misma tendencia. Dentro de este espíritu hay que señalar el caso del regalo de un buen señor, comerciante en muebles, que nos ofreció un juego de lamentable estilo

morisco, que jamás nos acordamos, intencionalmente, de recoger.

Posición ideológica. Puede sintetizarse en la afirmación del Evangelio frente al comunismo en los años inmediatos a la revolución de 1917 en Rusia y la actuación de Mariátegui en el Perú, cuyo alcance y verdadera significación no podíamos entonces evaluar. Igualmente, la afirmación del nacionalismo frente a la penetración norteamericana. También, el afán de impulsar la vida del espíritu y el trabajo intelectual frente a la frivolidad y el materialismo reinantes en la juventud. Se persigue del mismo modo la unidad y cohesión de los católicos superando su dispersión. De estas cosas hablaba nuestra Acta de Fundación, firmada en Setiembre de 1926.

El planteamiento religioso. Consistía en el de un catolicismo progresista "no clerical". Todavía no había madurado la conciencia de la necesidad de asesores y la consulta al P. Sánchez antes referida, fue una gestión excepcional. No obstante esto, había una adhesión sin reservas a la Jerarquía y se realizaban actividades de tipo religioso como una Misa de Comunión, los segundos domingos. También se organizó un "Oratorio", reunión privada, de oración. El propósito era estimular la religiosidad pero discretamente, en vista de los prejuicios existentes y sin forzar el proselitismo. Se organizaron al mismo tiempo actividades asistenciales, mucho más aptas para el testimonio en el grueso de los socios, como visitas a hospitales, visitas a presos con servicio para sus asuntos legales, etc. En esas acciones se descubrieron algunas vocaciones caritativas verdaderamente edificantes.

Planteamiento político. No se formuló un "proyecto político". Nuestra acción estaba en la línea precursora de la Acción Católica que se colocó "al margen y por en-

cima de los partidos políticos". Se reaccionaba en esto, sin embargo, contra la tradición clerical y conservadora de la Unión Católica de Caballeros. En el Perú no había habido un Partido Conservador, como en Chile, que aglutinó a la "juventud conservadora", la que después se independizó en la Falange Nacional. Esta circunstancia alejó la practicabilidad de un movimiento político que vendría sólo más tarde con la Democracia Cristiana.

En el campo de las conferencias, que fueron relativamente frecuentes, el aporte de León, de acuerdo a su actitud y tendencia personal, habría significado un planteamiento propiamente político que no prosperó. Dictó una sobre el estadista colombiano Marco Fidel Suárez y otra sobre el ecuatoriano García Moreno. Pero en general, las actividades de la A.S.J., en lo político, eran muy abiertas. Tanto es así, que en el trabajo intelectual y en nuestras publicaciones eran frecuentes las referencias de González Prada, como es de verse en los boletines y la revista conservados en el archivo.

Las actividades artísticas. Respondieron, igualmente, al propósito de afirmar una actitud progresista y de alta calidad, como medio de rescatar el prestigio cultural del catolicismo.

La música. Se me encomienda organizarla, para lo cual reúno un grupo de muchachos, socios y amigos, instrumentistas y cantantes "a nivel amateur"; más adelante, colabora un grupo de señoritas cantantes y pianistas. Se establecen los Ratos Musicales, en el local y se dan algunos pasos adelante en la vida musical de Lima. Por primera vez, a este nivel amateur, se ofrece un coro "a cappella", con gran éxito, el Miércoles Santo de 1926 en el que el Rato Musical se dedica a música sacra, como homenaje religioso y se ruega al público no aplaudir

(un murmullo general en la sala pide "bis", y se repite los principales números). A mediados del mismo año se realiza un concierto de música peruana, dedicado todo a Theodoro Valcárcel, el principal exponente musical de la generación; en Marzo de 1929 se da, por primera vez en Lima, un concierto de música rusa (testimonio de objetividad en el trabajo cultural de los católicos) con un programa dedicado a los famosos "Cinco". Por primera vez, se hace el concierto fuera del local, en la sala más elegante y de más tono entonces: la sala Entre Nous, en la calle de Belén, con localidades pagadas y agotadas un día antes (hay gran expectación por la música rusa); un nuevo concierto de música rusa en el teatro Exceisor (repitiendo las obras para coro y orquesta antes presentadas). Dos conciertos, en abril de 1930, fueron dedicados a los "oratorios" del gran músico vaticano Lorenzo Perosi (los programas llevaban los textos religiosos) anunciando con afiches muy modernos, pintados por Arturo Jiménez Borja, alusivos a los temas de los oratorios, afiches expuestos, en original, en los principales escaparates del jirón de la Unión. Más adelante, el mismo grupo, en el mismo año pero desaparecida ya la A.S. J., ofrecería, para el Centro Fides, un concierto de música romántica.

Artes Plásticas. Hubo exposiciones de trabajos de pintura, dibujo, etc. de los propios socios. También una exposición de Arte Incaico. La organización de estos eventos estaba a cargo del socio Victor Morey, artista de gran prestigio entonces. Se dictó, además, un ciclo de conferencias sobre arte.

(3) *El Deporte*

La organización de actividades deportivas tenía como fin ser el señuelo para atraer a la juventud tentada

por la propaganda de la YMCA, con el mismo atractivo. La A.S.J. se puso pronto en primera línea de dichas actividades, encomendadas a un primer valor del deporte y atletismo peruano de esos días: Evaristo Gómez Sánchez (hijo). Se produjo, por esta razón, una afluencia de jóvenes deportistas, que se pasaban de otros clubs, y que no eran de especial nivel intelectual ni espiritual.

El deporte, medio, se hizo cada vez más, fin en sí. La A.S.J. estaba en riesgo de hacerse, ante todo, una institución deportiva. Los gastos crecían cada día. Se alquiló una casa, muy cerca del stadium, para los entrenamientos; los directivos eran cada vez más absorbidos por los requerimientos económicos del deporte, mientras las actividades intelectuales, artísticas y asistenciales padecían estrechez material y eran un tanto marginadas. Puede ponerse como ejemplo uno de los números del boletín, dedicado en sus dos terceras partes al deporte y una a todo el resto. Este era el precio que había que pagar por los triunfos de la Institución deportiva.

9. La crisis y fin de la A.S.J.

Esta fascinación ante el éxito masivo, en perjuicio del nivel cualitativo, tuvo que precipitar una reacción, sobre todo en los fundadores, que veían desvirtuada la finalidad esencial de la institución. También de otros sectores que percibían el riesgo. Tal crisis se resuelve cuando un grupo de dirigentes y fundadores se convencen de que no es posible ya contrarrestar la desviación y deciden retirarse sin producir escándalo, para evitar la imagen de una discordia entre católicos. Los disidentes redactan una carta circular a un buen grupo de socios que "merecen una explicación". José León y el grupo de sus adherentes, en gran parte deportistas,

resuelven continuar; pero muy poco tiempo después, en circunstancias de la caída de la dictadura de Leguía, la institución se desintegra y desaparece. En realidad la renuncia del pequeño grupo clave, que premeditadamente no había querido hacer proselitismo de su actitud, deja a León con dirigentes de segundo y tercer nivel que no pudieron sostener ellos solos la obra. Muchos de ellos, ciertamente, no tenían conciencia clara de la irreversibilidad del proceso de desvirtuación y se resignaban difícilmente a renunciar a las ventajas y halagos del régimen vigente. El grupo disidente constituyó el Centro Fides en un pequeño local moderno de la calle de Ortiz (Huancavelica) sin club y sin deportes. Se concreta a realizar una tarea intelectual de charlas y conferencias y un proselitismo espiritual directo. La fundación se efectuó el 22 de agosto de 1930, exactamente el mismo día de la revolución de Sánchez Cerro, en Arequipa.

10. Los grupos precursores inmediatos de la Acción Católica Peruana

A raíz de la desaparición de la A.S.J., y cuando ya está formado el Centro Fides, surge en torno al mismo año de 1930 y los inmediatamente siguientes, una serie de otros grupos que coexisten con Fides y con la Congregación Mariana, de los PP. jesuitas, que era como un centro de piedad para muchos de estos grupos. Así aparece pronto el C.E.C., primer centro específico de "estudiantes católicos" constituido a semejanza de los existentes ya en otros países como México y Chile. Aunque abierto a los estudiantes de todas las universidades, por su cercanía física a la Universidad Católica (local: altos del Hospicio Manrique, en la Plaza Francia) y por la influencia igualmente cercana del P. Jorge Dintilhac, el C. E.C. resultó, en gran medida, un centro de estudiantes

de la U.C. que iba a desempeñar un importante papel, no sólo en el ámbito estudiantil, sino en general de graduados católicos.

Por otro lado, aparecen los Centros de Juventud Católica de Miraflores, Barranco, Chorrillos, Callao y Magdalena, en torno a sus respectivas parroquias. De este modo la futura A.C.P. integral (Diciembre de 1935) tenía ya avanzada una organización juvenil masculina. Una de las características en la actividad intelectual de estos centros era la preocupación por el estudio de las "encíclicas sociales" de la Santa Sede. Es el momento de actividad de los jóvenes católicos en el campo económico-social. En muchos casos en que, más allá del estudio, realizamos gestiones para obtener apoyo económico con estos fines de tipo social, fuimos muy favorablemente acogidos. Eramos los "jóvenes buenos" que salvaban un tanto la buena imagen de los empresarios, sin riesgo de que fueran afectados sus intereses por actitudes "izquierdistas". Nosotros teníamos conciencia del paternalismo de tales señores pero juzgábamos lícito aprovecharlo en pro de los planteamientos avanzados. Ante ellos no había surgido todavía el fantasma de una "Iglesia comunista".

En otro ámbito, y respondiendo sin duda a las noticias que venían de fuera sobre el llamado de Roma a la Acción Católica, se formó un grupo de mujeres lúcidas y fervorosas, en torno a las madres del Sagrado Corazón, con el nombre de Acción Católica y con la asesoría del P. Manuel Abreu S.J., que empezó a hacer sentir su influencia en el ambiente católico. Esto suscitó los recelos de la Unión Católica de Señoras que, por boca de su presidenta, se quejó alguna vez de que esta Acción Católica "estaba tomando mucha preponderancia". Más adelante, al establecerse oficialmente la A.C.P., el Señor

Arzobispo hubo de solucionar la tensión haciendo valer la primacía de la nueva estructura. Eran, como siempre, las dificultades que surgen en el tránsito de la mentalidad tradicional a la nueva concepción del apostolado laico.

11. La Federación Diocesana de la Juventud Católica

Sobre la base de los centros de jóvenes católicos, seguramente desde el mismo año 1931, se constituyó la Federación Diocesana de la Juventud Católica (1931 a 1933), cuya asesoría asumió el P. Juan Albacete S.J. A juzgar por unas bases propuestas por la Federación "para la organización de centros de jóvenes católicos en el territorio de la República", en julio de 1933 (según folleto que se conserva en archivo) puede colegirse la preocupación que existía entre los dirigentes mayores (Arróspide, Alarco, Jorge Arce, Ernesto Alayza, miembros de la Comisión proponente) por fomentar la formación de grupos pequeños, de calidad, sobre la de grupos amplios; salvar la intensidad apostólica de una elite antes que abordar la acción de grupos grandes "cuya eficacia apostólica ha de ser necesariamente poco intensa". Era este criterio consecuencia de la experiencia reciente de la A.S.J., que explicaba la preocupación de los organizadores.

A la caída de Leguía, se produjo una gran efervescencia política y un desborde periodístico contra el "nefasto oncenio" (once años de dictadura), que había amordazado a la opinión y que se había mostrado al mismo tiempo propicio a la Iglesia, por cierto presionando siempre a la jerarquía. Por eso hubo gran reacción anticlerical. Se publica por esos días un diario (o ¿semanario?) Libertad, editado por un conocido "comecuras", don Francisco Loayza. Por iniciativa de Fides y de la

Federación, se lanzó en seguida el semanario "Verdades", con el objeto de defender a la Iglesia y al catolicismo. Se trataba de decirle "las verdades" al adversario, intemperante e incluso calumniador. Esto explica, por razones coyunturales, el nombre del semanario y no por cierto, por razones de buen gusto.

Al mismo tiempo apareció, con el mismo nombre la Libertad, un semanario en formato chico, editado por un sacerdote con fama de chiflado —el P. Vidal y Uría— que a un nivel de zahiriente humor, también respondía a Loayza. El Semanario era conocido por el público como la "libertad chica". Quiero no olvidar el dato de que en la Biblioteca Nacional hay los diez primeros números de Verdades, que apareció el 25 de octubre de 1930, por primera vez, y tuvo larga duración, por lo menos hasta 1958 (el último número existente en el archivo de Enrique Echegaray es del 8 de febrero de ese año pero, según entiendo, Verdades llegó hasta 1960).

En tal largo lapso, pasaron muchas cosas; entre ellas, una etapa, bastante temprana de tensión entre dos sectores de la juventud católica, tensión que da razón de la aparición, por el año 1934, de otro semanario católico —Rumbos— en el que militaron Juan Cargin Allison, hábil periodista arequipeño, que había sido editorialista de Verdades, Ricardo Mariátegui Oliva, muy dinámico y operativo, más que intelectual, y Luís Fábrega, un excelente joven catalán casado y radicado en el Perú. Mis recuerdos sobre esta tensión son imprecisos, pero creo que Rumbos debió tener corta duración. No sé quien pueda conservar algunos ejemplares. Algo recuerdo de que el grupo gestor se disgregó no mucho tiempo después.

12. Los Caballeros de Colón

Esta era una organización de origen e inspiración norteamericana, católica, que se proponía luchar contra

la masonería empleando sus mismos procedimientos. Era secreta —por lo cual no sé tampoco si existirá todavía— y estaba revestida de un frondoso ceremonial y con señas convenidas entre los socios para reconocerse. Algo conservo en mi memoria sobre la visita a Lima de un señor, seguramente norteamericano, que se apellidaba Benda, o algo así. Probablemente él trajo la iniciativa. En una primera etapa fuimos tomados todos los dirigentes jóvenes pero pronto nos decepcionamos por las pretensiones un tanto imperialistas de la organización y su posteriormente comprobada ineficacia.

Parece que coincidió con un repunte de la antigua Unión Católica de Caballeros, de la que quedaba un grupo de respetables señores bastante despistados respecto a la mentalidad de la época. No he olvidado una acción de estos Caballeros de Colón entre los que militaban asiduamente los antiguos “caballeros”, que pretendió arrebatar Verdades a la Federación de Juventud Católica a través de la gestión bien intencionada de algunos jóvenes influídos por aquél sector disidente, al que he hecho antes referencia. Ese propósito quedó frustrado ante la invocación a la unidad dentro de la Federación. Tal vez, por allí deba buscarse el origen del semanario Rumbos. No supimos más de la existencia de los Caballeros de Colón que siguieron sin duda languideciendo secretamente pero al parecer siempre ineficazmente.

CONSTITUCION OFICIAL DE LA ACCION CATOLICA PERUANA

13. Primer Período: La fascinación ante la Acción Católica

Pío XI ha lanzado “no sin inspiración divina” la iniciativa de la organización oficial del apostolado laico. Ha

sonado "la hora del seglar" en la Iglesia. En el Perú se ha de responder al llamado de Roma en el momento más auspicioso: la celebración del I Congreso Eucarístico Nacional. En octubre de 1935. Se produce un clima espiritual intensísimo que gravita aún en los más alejados de la Iglesia. Pocos resisten al impacto espiritual. Todas las radios propalan, desde semanas antes, casi exclusivamente música religiosa. Quien ha vivido esta época puede comparar la diferencia de ambiente en la ciudad pequeña (1935) en relación a la ciudad mucho más grande unos 20 años después, cuando se celebra el II Congreso. La Asamblea Episcopal me nombra presidente de la primera Junta Nacional de la Acción Católica Peruana en Diciembre del citado año, junto con el asesor general R. P. Amelio Placencia, Párroco de Miraflores.

Es una etapa de euforia del apostolado de los laicos colaboradores de la Jerarquía. Se produce un verdadero movimiento de imperialismo de la nueva organización, que después de algunos años tendría que provocar explícitamente una reacción de algunas instituciones religiosas.

La acción institucional se planteó sobre 3 bases fundamentales: Piedad; Estudio; y Acción. La de Piedad se propuso sobre todo una renovación de la vida religiosa y una exigencia de vida cristiana con sentido de comunidad y de desarrollo de la sensibilidad social. El Estudio se centró en torno a las encíclicas papales, principalmente las referentes a la "doctrina social de la Iglesia". Pero el estudio fue casi exclusivamente estudio de gabinete y muy abstracto, desencarnado de las realidades concretas del medio, lo que había de provocar más adelante una exigencia de mayor realismo.

La Acción se resintió pronto de burocratismo y de hipertrofia de estructuras administrativas (juntas, consejos, secretariados nacionales, diocesanos y parroquiales). Se había implantado el esquema de la Acción Católica Italiana, de base parroquial, en un país en el que la vida parroquial era sumamente débil. Una vez más, se había trasplantado una organización y esquema extraño y sin base real. Se vió claro más adelante que la división por edades y sexos, de ramas y consejos era completamente ajena a las estructuras normales de la sociedad, eminentemente mixtas. Igualmente, la acción de la A.C.P., que constituía una minoría, asumió una actitud paternalista que se proyectaba, o pretendía proyectarse sobre una mayoría de católicos a la que juzgaba como campo de conquista para la fe.

14. Segundo Período: La posición crítica dentro de la propia Acción Católica

Estando por cumplirse los primeros 15 años de vida de la Acción Católica, y cuando ocupaba por segunda vez la presidencia de la Junta Nacional de la Acción Católica, hice un llamado extraoficial y privado a un grupo de dirigentes para plantearnos por qué la Acción Católica durante ese lapso no había dado los resultados que habrían sido de desear. Ciertamente, no se había logrado detener sensiblemente el proceso de descristianización de la sociedad en nuestro país. Nos hicimos el razonamiento de que no había faltado decisión y entrega de parte de un buen grupo de personas. Consecuentemente, no había fallado la voluntad y sin duda la falla estaba en el poco acierto para conducir la acción. Mejor dicho, faltaba una visión de aquello que constituía el medio del apostolado laico. Por tanto era necesaria una revisión seria. En términos comerciales, se había podido

disponer de capital pero se había conocido mal el giro de la empresa.

Para remediar tal situación pensamos que debíamos aprovechar la oportunidad del Congreso Eucarístico que estaba por celebrarse en el Cusco a mediados de 1949. Al efecto, pedí autorización a la Junta Nacional para realizar una convención informal con los dirigentes de todo el país que estarían presentes en el Congreso. Con ellos podríamos practicar una revisión de nuestro concepto básico de lo que era la Acción Católica. Recuerdo la reacción de algún miembro connotado de la Junta Nacional, reacción que era muy de esperarse, desde luego: "hay bibliotecas enteras sobre el asunto, ¿a qué viene preguntarse, una vez más, qué cosa es la A.C.?". Era, como siempre, la posición tradicional y abstracta, desencarnada de la realidad.

En la Convención señalamos, en primer término, el concepto habitual que juzgaba como razón de ser de la Acción Católica: (1) la escasez de sacerdotes, que hacía necesaria la colaboración del laico; y (2) la dificultad con que tropezaba el sacerdote para actuar en una sociedad descristianizada. Nosotros planteamos el interrogante: ¿si hubiera suficientes sacerdotes y éstos pudieran actuar libremente en la sociedad actual, sería todavía necesaria la Acción Católica? Hicimos la tentación de erradicar el concepto de A.C. como "ayuda al Párroco".

Las conclusiones del Cusco, que se hallan en archivo, las que fueron aprobadas por el Cardenal Guevara, a quien se las leí en presencia del Padre Picher, Asesor, fundamentan la exigencia de un apostolado específicamente seglar. Los laicos son "titulares" de ese apostolado propio y específicamente seglar, que se da en "su

propio ambiente", antes que "suplentes del sacerdote". Al hacerse conocer, por circular, las Conclusiones a toda la Acción Católica, no tardó en producirse la reacción de los párrocos, quienes se sintieron cuestionados. Inmediatamente, crearon un clima de desconfianza para alarmar al Cardenal con mil comentarios negativos. Recuerdo que un canónigo, tan inteligente y virtuoso como conservador y reaccionario —Mons. Lituma— llegó a advertir influencia "comunista" en las nuevas ideas que "cuestionaban a la jerarquía". El Cardenal en sus discursos de las actuaciones anuales posteriores, en la celebración de la fiesta de Cristo Rey, aludía a "tendencias desviadas", pero no llegó nunca a formular un veto (él había aprobado las Conclusiones).

En cambio, era creciente el interés de los sectores jóvenes por las nuevas ideas y pronto se dividieron en conservadores y progresistas. Yo quedé, desde entonces prácticamente marginado, sin estridencias ni acusación directa que, en realidad, habría alcanzado al P. Picher, Asesor General de la Acción Católica. El nuevo Arzobispo que sucedió a Monseñor Guevara, recibió en herencia la desconfianza hacia el dirigente de "ideas raras", pero mantuvo, como el anterior, relaciones personales cordialísimas (no dudaban de mi buena voluntad). Para meditar y ahondar conceptos en torno a las mismas reflexiones, se realizaron extraoficialmente reuniones de dirigentes, casi exclusivamente jóvenes, hombres y mujeres, los días miércoles en el último piso del Palacio Arzobispal, desde 1949 a 1951 por lo menos. Se conservan actas de esto en el archivo. Representan las reflexiones de la avanzada crítica frente a la Acción Católica, no sin protesta sorda e implícita de algunos laicos, incluso asistentes a esas reuniones.

Desde años antes se palpaba ya, por diversas partes

del ambiente católico, la tendencia renovadora que, dentro del campo estrictamente apostólico, había provocado la actitud crítica antes aludida. Entre los demás ámbitos es interesante apuntar, para que no se pierda el recuerdo, lo que sucedió en el nivel de la renovación del arte cristiano, fundamentalmente, el arte plástico. El iniciador y gestor principal fue Adolfo Winternitz, llegado al Perú el año 1939, quien había trabajado en el taller o academia del mosaico, en el Vaticano.

Su empeño era decididamente la lucha contra el arte religioso melifluido y dulzón del siglo XIX, fiel expresión de la religiosidad raquílica que se manifestaba desde entonces; se trataba de la lucha contra la imaginería decadente estilo "St. Sulpice", para abrir la perspectiva de un arte vigoroso y profundo. Recuerdo, dentro de las acciones de ese empeño, una excelente conferencia del P. Petermayer (de los PP. alemanes) sobre "El Rostro de Cristo a través de la Historia del Arte", que dictó, en la sala de la Sociedad Entre Nous, mientras pasaban las diapositivas de imágenes del Señor, desde los rudos exponentes de piedra de la Edad Media hasta los Cristos de yeso y cartón pintado de nuestra época, con crespos y contornos "dulcísimos". Por esos años, se organizó, con el P. Medardo Alduán (del Corazón de María) el Movimiento de Renovación Litúrgica, que propició muchas actividades en orden a luchar contra la piedad individualista y las "devociones personales" y levantar el espíritu de comunidad entre los cristianos.

Como es fácil comprender, una vez más, la reacción conservadora no se hizo esperar. Winternitz, desde muy pronto, "escandalizó" a las señoras católicas de la Parroquia de Santa Teresita por las imágenes duras, austeras y nada "bonitas", que había pintado en el bautisterio de la Iglesia, produciéndose un movimiento de protesta an-

te el Arzobispo. Las pinturas tuvieron que ser borradas, dada la influencia y poder económico de las señoras. Pero el punto culminante de la campaña de renovación y cuestionamiento, lo constituyó la gran exposición presentada en los sótanos de la Biblioteca Nacional, que mostraba gráficamente, en fotos y muestras plásticas, todo "lo que no debe hacerse en el arte religioso". Se denunciaron algunas de las múltiples aberraciones del mal gusto e incultura de las gentes de iglesia, aun algunas de las más fervorosas y respetables por su celo. Este fue el caso de la iglesia de San José, en Jesús María, de estilo gótico vaciado en cemento y colmada por dentro de despropósitos estéticos, iglesia levantada mediante donativos y limosnas logrados por el fervor y la abnegación de un sacerdote español ejemplar asesor de Acción Católica.

15. Tercer Período: De la Acción Católica eminentemente institucional y jerárquica al Apostolado Laico autónomo pero radicalmente ligado a la Pastoral de la Iglesia

Después de la primera etapa en que fui Presidente de la Junta Nacional, una nueva Asamblea Episcopal designó al Ing. Cristóbal de Losada y Puga, Decano de la Facultad de ingeniería de la Universidad Católica, no recuerdo exactamente en qué año, y al concluir éste su período, se nombró al Dr. Ismael Bielich Flores, quien dejó la presidencia de la Junta Nacional después, con motivo de haber sido llamado por el Presidente de la República, Dr. Bustamante y Rivero, para encomendarle el Ministerio de Justicia. Por esta razón ocupé, por segunda vez, ese cargo y en él estuve todavía en 1949, cuando se reunió la Convención del Cusco, antes referida. Las dos personas antes citadas —Losada y Bielich— eran católicos decididos pero en realidad recién llegados al

apostolado. Fueron designados por su figuración intelectual y política. Sólo a partir de ellos, los presidentes posteriores serán personas de la nueva generación, formados en los centros parroquiales de A.C., como Ernesto Alayza, Roberto Pérez del Pozo, Jorge Alayza y Enrique Echegaray, que ha sido el último (no sé si se me escapa alguno). Todos ellos ciertamente culminaban una carrera apostólica en la Junta Nacional.

Sería interesante analizar el proceso que se produce en este período, de acuerdo a una evolución que se da en la iglesia toda, respecto al apostolado laico. No cabe duda que la concepción de éste muy estrechamente ligado a la Jerarquía —la A.C. como “el brazo largo del obispo y el párroco”— explicablemente, ponía la acción del seglar en el mundo como muy “institucionalmente” eclesial, y por tanto, en alguna medida, comprometía a la Iglesia. Esta concepción va dejando paso a una visión más autónoma y bajo responsabilidad exclusiva del apóstol, pero no por eso menos medularmente ligada al espíritu y acción pastoral de la iglesia en el mundo profano. Así va decreciendo la importancia y vigencia de las “estructuras”, nacionales, diocesanas y parroquiales, en obsequio a un planteamiento menos jurídico, con organismos específicamente seculares, con sus asesores, pero normalmente reacios a un sometimiento oficial a los organismos y estructuras “clásicos” (ejemplo: Movimiento Familiar Cristiano, Centro de Orientación Cinematográfica, organismos estudiantiles, etc.).

Pronto se había dado el fenómeno muy significativo de que las nuevas generaciones de jóvenes católicos se retraían, cada vez más de ingresar a la Acción Católica. En verdad, de los organismos de la A.C. inicial, apenas subsisten hoy un grupo de la Acción Católica de Mujeres, que se mantiene languidamente y sin peso alguno en

el ambiente. Después, han quedado insubsistentes de hecho, desde la Junta Nacional hasta los centros parroquiales, pasando por las demás estructuras de juntas diocesanas, consejos, ramas, secretariados, etc. Hace falta, en especial, un estudio detenido del proceso de la UNEC, en sus muy diferenciadas etapas. En todo esto está presente el nuevo espíritu y la nueva visión que trajo el Concilio Vaticano II. Por último, y en relación a la Acción Católica Peruana, hay algunas publicaciones de importancia como el libro del Primer Congreso Nacional de la Acción Católica Peruana de 1955, y los libros referentes a la Primera Semana Social, celebrada en Lima, en 1959, y a la Segunda, celebrada en Arequipa, en 1961.

III

Apostolado laico del Perú en el ámbito internacional

Después de haber consignado sus recuerdos sobre el apostolado laico en el Perú, el autor vierte los relativos al empeño apostólico proyectado más allá de las fronteras nacionales. Versión igualmente espontánea y en la que renuncia a todo propósito de investigación histórica precisa, tarea que juzga ya no practicable para él y que podrán cumplir los que vengan después.

Acaso no sea mera casualidad el hecho de que las iniciativas para concertar una vinculación supra-nacional americana surgieran de los dos países sede de los antiguos imperios que dieron unidad a dos grandes bloques de la América pre-hispánica: México y Perú. En verdad, en los otros, había ya realizaciones locales de apostolado, algunas bastantes florecientes, como en Chile y Argentina, pero ello no había suscitado inquietudes hacía una alianza supra-nacional.

La iniciativa de una Confederación Ibero-americana de estudiantes universitarios, en 1931, estuvo a punto de fracasar porque los iniciadores mexicanos no obtuvieron ninguna respuesta de Sud-América a su invitación, salvo del Perú, lo que decidió la realización de la iniciativa. Y el Perú, en 1944, instó y obtuvo de la Acción Católica Chilena, mucho más madura y con muchas mayores posibilidades económicas que las peruanas, para que convocara a una Semana de Acción Católica, a nivel inter-ame-

ricano. La acogida de Chile a la iniciativa peruana fue decisiva. Más adelante, se realizaron hasta seis Semanas; en Cuba, Perú, Uruguay, México y Argentina.

La Primera Semana, realizada en Santiago, donde parece que hubo de "pagarse el noviciado" de la atrevida empresa, fue concebida, por lo que dice el testimonio, en los términos de la paternal tutela de la Jerarquía sobre los seglares, tradicionalmente acogidos como "menores de edad" en la iglesia. La toma de conciencia específicamente laical, a pesar de los términos propios del temario, fue escasa. Además, el entorno del fraternal encuentro no pudo ser ajeno a los habituales esplendores de los agasajos y novedades turísticas de una generosa hospitalidad. Agrega el autor, podría pensarse que éstas características se repitieron también más acentuadamente en La Habana, sede de la Segunda cita, en 1949.

La madurez del propósito apostólico en este ámbito supra-nacional, de acuerdo con el testimonio, se alcanza verdaderamente sólo en la Tercera Semana, realizada en 1953 en el Hotel Chimú, de Chimbote (Perú). Allí, en la soledad e independencia de un cómodo hotel, desierto fuera de temporada, pudo recién vivirse, en comunidad y retiro, una semana de espiritualidad apostólica intensa. Chimbote quedó como el modelo de las Semanas posteriores. Así fueron después las de Atlántida (Uruguay) y Guanajuato (México). No fue extraño, así mismo, que algunos logros ideológicos ganaran muchas conciencias, como aquel del "hombre común, apóstol en potencia" que ponía en cuestión la indiscutida "suficiencia" del apóstol tradicional, poseedor del mensaje que ofrecía al que se suponía siempre desposeído "hombre común".

Y no son solamente las Semanas Inter-americanas, a las que se refiere el testimonio personal, sino a otras ins-

tituciones de trascendencia como Pax Romana, que subsiste floreciente hasta hoy. El autor tuvo contactos cercanos con su rama juvenil —Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos— (MIEC) por la circunstancia propicia de la presencia, por varios años en Lima (por los años 40), de su gestor principal, el dirigente fundador Rudy Salat. Pero además tuvo ocasión de conocer su rama adulta —Movimiento Internacional de Intelectuales Católicos— (MIIC) en sus pasos y reuniones iniciales en Friburgo y después en Montevideo, el año 1962. Por último, se cierra el testimonio personal, con algunas referencias sobre los Congresos Mundiales de Apostolado Laico, habidos en Roma en 1951, 1957 y 1967 a los que pudo asistir.

CONFEDERACION IBEROAMERICANA DE ESTUDIANTES CATOLICOS

1. Convención preparatoria del I Congreso Iberoamericano de Estudiantes Católicos

En los comienzos o mediados del año 1931, la organización de los Estudiantes Católicos Mexicanos, que asesoraba el P. Ramón Martínez Silva S.J., la que era distinta e independiente de la Acción Católica Mexicana (A.C.J.M.), lanzó una invitación a los estudiantes católicos de los países iberoamericanos para celebrar una Convención, destinada a preparar un I Congreso Iberoamericano de Estudiantes Católicos y constituir una Confederación permanente de los mismos. La invitación se cursó a las autoridades eclesiásticas, por desconocer la dirección de las organizaciones similares que suponían existían en cada país. El Arzobispo de Lima la entregó a la Federación Diocesana de la Juventud Católica, la que, a pedido de los mexicanos, la retransmitió a otros países de Sudamérica. En el Perú no había organiza-

ción estudiantil específica y así se explicó a los invitantes, pero al mismo tiempo se aceptó acreditar una representación y fui designado para asumirla, por lo que debí viajar a México.

Allí tuve conocimiento de que los demás países no habían respondido, excepto Guatemala y El Salvador. La iniciativa había estado a punto de cancelarse cuando llegó la respuesta afirmativa del Perú. Entonces se designó, un tanto arbitrariamente, a un representante de Chile, en un muchacho mexicano, Alfredo Baranda; a otro mexicano, Ernesto Santiago López, como representante por Santo Domingo, y se acreditó también a un representante de España en un joven español residente en México, Fernando Menéndez Artamendi. La Convención se inauguró el 11 de Diciembre de 1931, en el local de los Estudiantes Católicos (Cuba 88, México).

La Convención tuvo que realizarse en términos muy discretos, porque en México había siempre amenaza de la hostilidad por parte del Gobierno. Sólo un poco después, un escritor católico, Alfonso Junco, publicó un artículo, "Poco ruido y muchas nueces", en el que hacía un comentario muy positivo de la reunión.

Hacia el fin de las sesiones, se propuso que Lima fuera la sede del Congreso, a mediados de 1933. El delegado del Perú aceptó la responsabilidad, la comunicó a la Federación y ésta confirmó y aceptó también. Por inexperiencia, no se nos ocurrió que debíamos consultar previamente al Administrador Apostólico Mons. Holguín. Sin embargo, de vuelta a Lima el delegado, la autoridad, no sin protestar por esa falta de consulta, confirmó la aceptación y se dispuso a respaldar a la Juventud Católica en su compromiso. La Federación constituyó el "secretariado de organización" e inició una campaña en

provincia para estimular la formación de nuevos centros, con la perspectiva del Congreso próximo a celebrarse.

El temario de la Convención

Aparece del folleto de Conclusiones, editado en México y reeditado en Lima, a comienzos de 1932. La Convención estuvo muy inspirada, no sólo en la defensa de los fueros del catolicismo ante la penetración protestante, sino en la defensa de la cultura Iberoamericana, contraponiéndola a la influencia cultural de Norteamérica, con una condenación a fondo del panamericanismo. Igualmente, se trataron problemas relativos a cuestiones sociales, educación, mestizaje, crisis de la fe en la juventud, etc. Luego se planeó la organización permanente de los estudiantes católicos Iberoamericanos, con un Secretariado ad-hoc que se encargaría de inmediato de llevar adelante la celebración del I Congreso. Desde México se enviaron varios boletines para mantener el contacto con los demás países y principalmente con Lima, futura sede.

2. El I Congreso de la CIDEC en Roma (XII-1933)

Fijada la fecha del I Congreso, me parece que para julio, o algo así, de 1933, surge el conflicto entre el Perú y Colombia, en ese año, que nos pone al borde de la guerra. Se hace necesaria una comunicación explicando la situación creada y haciendo ver la imposibilidad de celebrar la reunión en Lima. México encuentra una solución: el Congreso se celebrará en Roma, juzgándose muy congruente que la Confederación Iberoamericana iniciara su vida en el centro de la Cristiandad. El asesinato de Sánchez Cerro por los apristas se produce cuando ya están tomadas todas las providencias para la celebración en Roma. La Federación Diocesana de la Juven-

tud Católica emprende los trabajos para acreditar una delegación que represente al Perú y, entre ellos, los de una campaña para obtener donativos, a la vez que se implementaba la preparación intelectual de los delegados sobre la base del temario.

No se hizo, que yo sepa, un libro o folleto como Memoria del Congreso de Roma (nadie estaba en su casa) pero en Lima editamos uno, que se encuentra en el archivo que entregué al Centro de Documentación del Instituto Bartolomé de Las Casas-Rímac. En él se da cuenta del desarrollo del Congreso, de las estructuras creadas por la Confederación, de los contactos producidos, de las conferencias, visitas y actuaciones religiosas, etc. Igualmente, y con el propósito no sólo de informar a las autoridades eclesiásticas, sino a las personas que habían contribuido a los gastos de envío de la delegación, se acoplaron breves informes redactados por los miembros de la misma, sobre las instituciones y obras visitadas en Europa y una relación de los gastos efectuados. Se trataba de un folleto para distribución local.

Aparte de todos los datos que arroja el folleto, la experiencia adquirida por los miembros de la delegación, dirigentes del movimiento católico peruano, fue invaluable. Roma vivía en ese momento el apogeo del fascismo, con su imagen triunfalista y prepotente, que no lograba sin embargo impedir que, en mil cotidianas y aun triviales circunstancias, se percibieran los signos negativos del sojuzgamiento de muchísima gente que no se atrevía a hablar. Al lado de la adhesión manifiesta y estentórea de unos y de los retratos del Duce Mussolini en traje de emperador romano, se constataban los indicios de un silencio atemorizado, como el de un campesino que encontramos en un tren quien, para decirnos que había mucha pobreza en el pueblo, se cuidó acuciosa-

mente de que no hubiera nadie cerca que pudiera oír.

De esta situación, en sus múltiples aspectos, tomamos conciencia en compañía del muy interesado grupo de delegados, personalidades jóvenes latinoamericanas a algunas de las cuales les cupo más tarde asumir posiciones de gran relieve. Este es el caso del chileno Eduardo Frei y del venezolano Rafael Caldera, que habían de ser más tarde Presidentes de sus respectivas repúblicas. Pero además de estos casos, se dio el de muchos otros futuros dirigentes cristianos y políticos cuya fuerte vinculación significó un elemento de solidaridad claramente positiva para el desarrollo de la acción internacional de una generación nueva en el sub-continente.

3. El Segundo Congreso de la CIDEDEC (Lima, 20-28 de Mayo de 1939)

Toda la documentación referente a este Congreso, convocado por el Comité Ejecutivo de la CIDEDEC y el Secretariado de Organización del propio Congreso, aparece reunida en un libro, que forma parte del archivo y publicaciones que he entregado al Centro de Documentación del Instituto Bartolomé de Las Casas-Rímac. Se celebró siendo Presidente de la Junta Nacional de la Acción Católica Peruana el Ing. Cristóbal de Losada y Puga y Secretario General del Congreso Ernesto Alayza Grundy. Vinculado entrañablemente a las actividades de los nuevos dirigentes, sin embargo, yo me encontraba oficialmente desligado de la gestión y no puedo aportar observaciones personales respecto a su desarrollo.

4. El Tercer Congreso de la CIDEDEC (Bogotá, 21-26 de Julio de 1941)

El Perú no estuvo representado en este Congreso,

respecto al cual se editó aquí, en Lima, un folleto de Documentos, en los que queda claramente expuesto el desacuerdo suscitado entre los dirigentes peruanos y mexicanos, principales fundadores de la CIDEDEC, frente a los organizadores del nuevo evento, respecto al temario. Se fundamenta, como consecuencia de tal desacuerdo, la abstención de nuestro país y se juzga que tal abstención era también una forma de colaborar.

El meollo de la cuestión estuvo en el concepto mismo de la CIDEDEC, o sea la defensa del catolicismo mediante la afirmación de los valores culturales de Iberoamérica que lo encarnaron en nuestro sub-continente. El temario fue propuesto y formulado por el entonces Presidente de la CIDEDEC, Hernán Vergara, un ilustre intelectual colombiano, joven siquiatra de extraordinaria formación humanística y teológica. Versaba sobre "El Catolicismo y la Persona Humana" y prescindía totalmente del aspecto cultural iberoamericano. Vergara era un "mariteniano" en la época de apogeo de Maritain en el movimiento católico de nuestros países, en pugna con las fuerzas conservadoras de la Iglesia y sobre todo las fuerzas políticas inspiradas en la dictadura de Franco. Chile impugnó también el temario por juzgarlo puramente intelectual y desencarnado de nuestra realidad, en vez de centrarlo en los problemas de la Acción Católica y el apostolado universitario. A diferencia de los peruanos y mexicanos, sin embargo, los chilenos eran ajenos también al aspecto fundamentalmente cultural. México acompañó al Perú anunciando su abstención pero terminó por asistir "para defender a la CIDEDEC" y no dejar aislada a la delegación española que anunció su asistencia y por último, no asistió.

Hoy, a más de 40 años de distancia, puede evaluarse

la significación coyuntural del planteamiento de los fundadores de la CIDECA, frente a los avances del imperialismo no sólo económico de Estados Unidos; pero puede, asimismo medirse los riesgos que corría un enfoque que pronto habría sido atrapado por los afanes conservadores del "hispanismo". En realidad, se explica muy bien que este Tercer Congreso fuera el último de la CIDECA, cuya obsolescencia iba haciéndose cada vez más patente. Era entonces Presidente de la Junta Nacional de la A.C.P. el Ing. Cristóbal de Losada y Puga.

SEMANAS INTER-AMERICANAS DE ACCION CATOLICA

5. Primera Semana Inter-Americana de Acción Católica (Santiago de Chile, 24 de Junio al 1ero. de Julio de 1945)

En Octubre de 1944 visité Santiago de Chile, cuando se encontraba allí de paso mi amigo boliviano, el Arq. Armando Gutiérrez Granier, Presidente, en esa época, de la Junta Nacional de la Acción Católica de Bolivia. En ese momento era yo Asesor Técnico de la A.C.P. Fue entonces que pude realizar una gestión en la que había pensado muchas veces: busqué a Armando y le propuse que visitáramos juntos a Fernán Luis Concha, Presidente de la Acción Católica chilena, para plantearle la idea de que la Acción Católica de su país, que tenía ya bastantes años de fundada y que estaba en estado floreciente, convocara a una Primera Semana Interamericana de Acción Católica y que luego se constituyera un organismo permanente. Armando aceptó la iniciativa e hicimos la visita, siendo acogidos entusiastamente por Fernán Luis Concha.

Sobre el desarrollo de esta Semana hay seis folletos,

que editó Chile como Boletín informativo de la misma, los que han sido entregados al Centro de Documentación del Instituto Bartolomé de Las Casas-Rímac.

Como juicio general, podría decirse que fue una primera experiencia que puso en evidencia aciertos y sobre todo errores, muy ilustrativos para el futuro. Ante todo, habría que decir que el montaje del evento evidenció una actitud explicable, que se dio siempre en la jerarquía en estas oportunidades: la "menor edad" de los laicos requiere la vigilancia cercana por parte de los eclesiásticos para que aquéllos no se desvíen. Subconscientemente "la hora del seglar" significaba o podría significar una posible tendencia impensada pero efectiva hacia una cierta "subversión". Las sesiones fueron instaladas en un gran salón del Colegio de los Sagrados Corazones con estrado al fondo, en el que tomaron asiento los Srs. Obispos y demás autoridades eclesiásticas, no sólo de Santiago sino de otras diócesis, asistiendo también el Señor Nuncio de Su Santidad. Todos ellos intervenían en los debates, en actitud paternal y a veces autoritaria.

De esta manera, resultó imposible un diálogo suelto, franco y fecundo de las delegaciones, instaladas "en el llano" con sus asesores. Los seglares no pudieron menos que quedar cohibidos en el intercambio de sus ideas cercenado en su fecundidad y riqueza. En alguna ocasión, casi estoy cierto que fue el Señor Nuncio quien llamó al orden al jefe de la delegación argentina porque éste aludió en su informe a la mala calidad de los sermones de muchos párrocos. Hacia el fin de la semana, me parece, el mismo personaje propuso un voto de adhesión, ante el Vaticano, relativo a las gestiones que algunos en Europa habían iniciado para pedir la canonización de Cristóbal Colón (!).

Demás está decir que el anhelo de fomentar un espí-

ritu de comunidad entre los asistentes quedó en gran parte debilitado. No hubo "comisiones" para los temas; todo se ventiló en asamblea, con un director de debates y un secretario. Por otra parte, el alojamiento de las delegaciones no fue planteado en término de congregarlos en un solo lugar que permitiera intensificar los contactos humanos y la fraternidad cristiana vivida en cada hora. Por último, el programa de la Semana estuvo exornado de banquetes, recepciones, actuaciones públicas, misas solemnes, etc.

6. Segunda Semana Inter-Americana de Acción Católica (La Habana, Febrero de 1949)

Esta fue la única semana a la que no asistí, cumpliendo sólo en Lima, en los meses anteriores, como Presidente de la Junta Nacional, las gestiones para la preparación de los delegados. Ellos fueron: el Ing. Eduardo Suárez; el joven Enrique Chirinos Soto, un adolescente que vino de Arequipa con un asesor de la J.O.C., el P. Castro, excelente sacerdote dedicado a la acción obrera; y el Asesor Nacional Eduardo Picher. Casi estoy cierto de que el temario fue el mismo que en Santiago, pero no queda ninguna documentación, salvo una que otra referencia en documentos relativos a Semanas posteriores, como la que alude a que en La Habana "se abordaron problemas de organización" y, sobre todo, la que se concreta a dar cuenta del desarrollo del primer tema —"Vocaciones Religiosas"— que aparece en el segundo número de la Revista del Secretariado Inter-Americano de la Acción Católica, que se conserva en el archivo, publicado seguramente en 1950 (no he encontrado en el folleto la fecha de su publicación).

Los juicios que a continuación consigno, son formulados a partir de los datos proporcionados por Mons. Pi-

cher (Suárez no recuerda nada y lo mismo la Srta. América Penichet, cubana radicada después en Lima y que también asistió). Parece ser que la Acción Católica Cubana vivía entonces una etapa de concepción muy claramente "burguesa", como se desprende de algún texto aparecido en la Revista del Secretariado (pag. 81). Allí se alude a las Ramas de Señoras y de Caballeros (como en nuestra antigua Unión Católica de Caballeros y de Damas, anterior a la organización del apostolado laico, que distinguió simplemente Hombres y Mujeres); a los tres sacerdotes y dos seminaristas, salidos de los Caballeros Católicos, y a alguna novicia, salida de la Liga de Damas de la A.C. Igualmente, la impresión del P. Picher fue la de una clara primacía del clero sobre los seglares, y que la intervención y peso de éstos en las discusiones quedó siempre un tanto limitada. Lo mismo que en Santiago, y más acentuadamente tal vez, el clima fue bastante externo, con muchas actuaciones, ceremonias, agasajos, todo muy protocolar y en un ambiente poco comunitario.

Mons. Picher recuerda que hubo conferencias académicas de algunos delegados o personalidades y que el conjunto de los asistentes dio la imagen de una acción católica interamericana sobre la que gravitaba todavía una mentalidad muy tradicional. La delegación colombiana se hizo presente con algunos asesores y damas. Sabido es que la A.C. tuvo poco éxito en Colombia y prendió poco entre los hombres; aún más, en alguna ocasión me contaron que era tan "clericalizada" que en alguna época un asesor actuaba como Presidente de la Junta Nacional. Los mexicanos aparecieron gravitando fuertemente hacia su tradición mariana de la Virgen de Guadalupe, etc. En medio de este cuadro, la delegación chilena fue la "estrella". La conformaban don Fernán Luis Concha, eminente miembro del Partido Conserva-

dor, Presidente de la A.C.CH.; el asesor de la misma, Mons. Augusto Salinas, Obispo Auxiliar de Santiago, ampliamente conocido por su desafecto a la juventud progresista cristiana, que actuaba en la política chilena; y Enrique Pascal, de mentalidad también conservadora, quien actuó como moderador y actuó brillantemente.

Por lo que me refirió Mons. Picher, me atrevo a formular un juicio sobre la impresión que debió causar la delegación peruana, habida cuenta del ambiente general. Nuestra delegación, fundamentalmente por inspiración de Mons. Picher y el P. Castro, sencillamente hablaba otro idioma. Según apreciación de la Srta. Penichet, consultada hoy por mí, la delegación desconcertó y no se le entendió. No es extraño. En la A.C.P. se estaba accediendo a otra línea de pensamiento. La preocupación por el apostolado entre los estudiantes y los obreros, más allá de una pura acción paternalista, había hecho ya su aparición; las citas de la Escritura eran más frecuentes que las referencias a la literatura católica de devocionarios, y se insistía mucho en el espíritu de comunidad. Todo esto acusaba una mentalidad seguramente distante a la habitual en Cuba y, en general, en sectores tradicionales latinoamericanos. Recuerdo al respecto, que tuve ocasión de saludar, en el aeropuerto, a la delegación chilena que venía de vuelta a Santiago, y Fernán Luis Concha me manifestó muy cortés y cordialmente, su preocupación por el uso, a su juicio desmedido, que hacían los peruanos del término "comunidad", tan cercano a comunismo o algo así.

7. Tercera Semana Inter-Americana de Acción Católica (Chimbote, Perú; 18-25 Octubre de 1953)

Esta Semana constituyó un hito esencial en el proceso de las Semanas Interamericanas. En ella queda sen-

tada una nueva línea que deja atrás los signos característicos de las anteriores: presentaciones formales, protocolares y externas, con sus implicaciones turísticas. Por eso, se pensó en una sede lejos de Lima y en un local como el Hotel Chimú, en Chimbote, en aquella época un pueblo muy pequeño y muy pobre, sin otro atractivo que su bellísima bahía y un excelente hotel, casi vacío en un mes fuera de temporada de veraneantes y turistas. Allí se podrían congregarse las delegaciones en una vida intensamente comunitaria y en un ambiente verdaderamente espiritual, disponiendo de los alojamientos de un piso entero con una capilla muy moderna y muy litúrgica armada por Adolfo Winternitz, en uno de sus salones.

En el grueso libro editado en Lima, figura el planteamiento formulado por el Secretariado de Organización (pág. 35) y la A.C.P. contó con la aprobación y entusiasta apoyo del nuevo Asesor del Secretariado interamericano de Acción Católica, Mons. Manuel Larraín. Este visitó Lima con anterioridad, para un encuentro, que se organizó en Cañete (Hacienda Cerro Alegre), en orden a delinear la reunión. Muchos elementos de la U.N.E.C. intervinieron en la dirigencia (Nemesio Canelo, Dora Beuzeville, etc.) y una mística progresista se hizo sentir. En varias oportunidades posteriores pude comprobar la impresión óptima que dejó esta Semana entre los asistentes de otros países como momento orientador del apostolado laico; entre ellas, la impresión de Mons. Ramón Bogarín, Obispo en el Paraguay. Esto no obstante, debemos agregar que empezó a apuntar cierta resistencia conservadora, ante las innovaciones, de algunas buenas personas, principalmente de la Rama de Hombres, interesadas, por ejemplo, en asegurar la presencia de España (la España franquista) con la invitación al Vice-Presidente de la Unión internacional de Hombres

Católicos. Antonio García Pablos. Hay que anotar que los españoles tenían vivo interés entonces de intervenir en todo evento cultural —en este caso religioso— que se produjera en sus ex-colonias hispanoamericanas.

8. Cuarta Semana Inter-Americana de Acción Católica (Atlántida-Montevideo, del 20 al 28 de octubre de 1956)

De esta Semana, que se realizó como la Tercera, retirada en un hotel en las afueras de Montevideo y fuera de temporada, queda solamente un libro, editado en Lima en condición supletoria, porque la A.C. uruguaya declaró que no tenía fondos para hacerlo y el Secretariado de Chile hizo algo así como un folleto tamaño oficio, mimeografiado, con una recolección, sumamente defectuosa e inorgánica de documentos recogidos, sin una real estructura y con lagunas y defectos gráficos saltantes. Esto explica la edición, a muchos meses después del evento y merced a una gestión de la A.C.P. ofreciendo al Secretariado su colaboración en esta tarea.

El temario, como es de verse en el libro, siguió la línea de pensamiento de Chimbote y tuvo, esta vez, como idea central, la de reflexionar sobre la *vocación del hombre común*, de cualquier ubicación, como "apóstol en potencia" dada la gravitación social del ser humano (documento No. 5; pág. 19). A partir de este planteamiento se delineó pronto la tensión entre las dos tendencias o las dos mentalidades en pugna relativas a la misión de la A.C.: la abierta y progresista, y la formalista y tradicional, encabezadas por el Perú y Chile, de un lado, y por México y Argentina, del otro. Las demás delegaciones vacilaban y hubo delegados de una u otra tendencia, como el Presidente de la A.C. uruguaya, y otros aun argentinos de buena voluntad, que fueron ga-

nados para la renovación, mientras otros se radicalizaron en una posición conservadora. Los de esta última línea pudieron lograr que la Semana siguiente se realizara en México, porque les asistía la razón de que las dos anteriores habían tenido lugar en América del Sur.

9. Quinta Semana Inter-Americana de Acción Católica (Guanajuato —México—, del 22 al 30 de Noviembre de 1960)

Concentrados también en un hotel de la ciudad de Guanajuato, las delegaciones cumplieron con el debate del temario. Producida ya claramente la contradicción de tendencias en Atlántida, los mexicanos se concretaron solamente a la organización material de la Quinta Semana, respetando la decisión del Secretariado Inter-Americano respecto del temario. Mons. Larraín, después de algunas reuniones previas del Secretariado en Lima y en Santiago, lo llevó a México para presentarlo en una reunión especial. Los mexicanos, disciplinadamente, acataron la propuesta del Jerarca y se abocaron simplemente a su tarea organizativa. Respetaron el carácter de sencillez y entrega al estudio y al diálogo fraterno en comunidad y en retiro. En cambio, compensaron el enclaustramiento de Guanajuato concentrando todos los agasajos y actuaciones formales, caros a la mentalidad conservadora y protocolar de la Iglesia mexicana, en el último día, después de las sesiones de estudio. Fue una jornada agobiadora de casi un día entero, en que una caravana de autos cruzó —nos pareció— México entero, de Guanajuato a Guadalajara. La Acción Católica de México editó un libro que permite sin duda tener una visión de la estructura y desarrollo de la Semana; incluso las fotos que allí aparecen pueden dar una idea de los agasajos finales.

10. Sexta Semana Inter-Americana de Acción Católica (Buenos Aires, del 7 al 12 de octubre de 1966)

Esta Semana fue programada por la Acción Católica Argentina al mismo tiempo que el Primer Congreso Latinoamericano para el Apostolado de los Laicos; celebrándose uno a continuación de otro, como un solo evento ininterrumpido. Así aparece el libro publicado. Pese a que su desarrollo se cumplió en forma cabal, desde el primer día los delegados pudieron percibir que la Acción Católica Argentina padecía serias contradicciones internas, sin duda debido al choque de la mentalidad joven contra la tradicional.

En la primera sesión, un joven, que representaba una organización internacional, denunció la ausencia de la Juventud de Acción Católica Argentina, excluída de la representación de su país. El asunto, como es de suponer, no fue abordado por la delegación y no pasó de ser un trago amargo para los argentinos. Constituyó un episodio que enturbió el "triumfalismo" habitual de éstos (en nuestro diálogo de años entre dirigentes latinoamericanos no habíamos oído otra cosa a nuestros amigos del Plata que la excelencia y las realizaciones óptimas del apostolado laico de su patria).

En términos generales, podría señalarse que, entre los dirigentes argentinos había una clara preocupación frente al nuevo espíritu desatado por Vaticano II. Recuerdo que Marta Ezcurra, ponente de uno de los temas, se me acercó para aclararme que ella no estaba en desacuerdo con la exposición que había hecho yo el día antes, del primer tema "Nueva Visión de la Misión del Laico", lo que significaba que pensaba que algo había llegado a mí sobre eso. Ciertamente, le parecía el planteamiento mío algo "avanzado" pero no demasiado, y

me agregó: "se han dicho tales cosas en estos días!". Siempre, la actitud sobresaltada y suspicaz de la mentalidad conservadora. El Vaticano II era un riesgo.

11. Pax Romana

Capítulo importante es este de la organización mundial del apostolado universitario de Pax Romana, en sus dos sectores: el de los estudiantes —Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos— (MIEC) y el de los post-graduados —Movimiento Internacional de Intelectuales Católicos— (MIIC). Yo no tuve contacto personal directo con el MIIC, sino en las oportunidades de reuniones en Europa y otros países de América (Congresos mundiales de Laicos; semanas interamericanas de acción católica; congresos eucarísticos, etc.) al tratarse de la organización de los intelectuales, con dirigentes como Ramón Sugranyes de Franch, Vittorino Veronese, Andrés Ruszkowski, el Sr. de Habich, etc. Después, por la explicable desvinculación de los grupos europeos, perdí contacto con esa organización que empezaba recién sus primeras actividades. Recuerdo, sin embargo, a propósito de Pax Romana-MIIC, un encuentro de artistas católicos que se organizó en Montevideo del 28 al 30 de julio de 1962, para promover asociaciones de artistas católicos en América Latina (queda algún documento en archivos). Cabe señalar que desde hace unos diez años el MIIC ha adquirido progresivamente una fisonomía propia en América Latina.

Pero mucho más contacto tuve de hecho con la Pax Romana estudiantil (MIEC) por una circunstancia coyuntural. El Secretario General y principal gestor de ella fue el dirigente alemán Rudy Salat (tiempo después Presidente de la UNESCO y Embajador de Alemania Occidental en Chile), quien residió por lo menos dos años en

Lima. La Segunda Guerra Mundial lo alcanzó estando en E.E.U.U., lo que no le permitió regresar a su patria. Eso sucedió precisamente en circunstancias de la celebración del XVIII Congreso Mundial de Pax Romana estudiantil, celebrado entre el 22 de Agosto y mediados de Setiembre de 1939, en Washington y en Nueva York. Respecto a este evento el Dr. Jorge del Busto, que asistió a él, me ha dado algunos datos que quiero dejar apuntados. Estuvo presente una numerosa delegación peruana en la que figuraron Luis Bedoya Reyes, Mario Alzamora Valdez, Guillermo Lohmann Villena, José Morales Urresti, Julio Vargas Prada y otros más.

Me dijo del Busto que fue, sobre todo, un encuentro de muchos estudiantes pero que no recordaba el planteamiento de un temario riguroso. Sobre esto se puede entrevistar a algunas de las personas antes citadas, tal vez al Dr. Alzamora y otros. Asistió, como Asesor, un P. norteamericano de apellido algo así como Ferree, empeñado en constituir un organismo regional Latinoamericano Pax Romana. Parece que se juzgó la iniciativa como un avance de la influencia espiritual norteamericana y se produjo una cerrada oposición del sector latinoamericano.

Yo no he tenido injerencia directa en el MIEC, pero recuerdo que el Perú asistió a un congreso que se celebró en España, en El Escorial en 1946, y que los españoles quisieron asumir en honor y beneficio de la política franquista, produciendo una grave crisis y contradicción con muchas delegaciones latinoamericanas, me parece que especialmente la de Chile. Entre los peruanos asistieron Fernando Stiglich y otros, los que desagradaron un tanto a los dirigentes españoles, que los calificaron de "hispanistas tibios tocados de mariténismo" (era la época de la satanización de Maritain por los franquistas,

como consecuencia de que el filósofo francés se había pronunciado desfavorablemente respecto al Generalísimo Franco y a la Guerra Civil).

A este Congreso asistió Rudy Salat quien fue uno de los que, con otros dirigentes internacionales, se opusieron a la politización franquista del evento. Esto le valió acres discusiones y el que algunos españoles, muy vinculados a dirigentes influyentes en América Latina, lanzaron la especie de que Rudy era espía soviético (!). El cargo se desvaneció poco tiempo después, por infundado, dejando al descubierto hasta qué límites puede llegar la pasión política de los sectarios. Rudy Salat era y es un católico sincerísimamente apostólico que había dado y siguió dando muestras de un espíritu de sacrificio verdaderamente ejemplar.

12. Congresos Mundiales de Apostolado Laico

Entiendo que fueron solamente tres, celebrados en Roma, en los años de 1951, 1957 y 1967, en los que estuvo representado el Perú. Recuerdo haber participado, con un breve discurso, no sé si en el primero de ellos. En relación a estos Congresos Mundiales, y a todas las actividades consecuentes a la constitución en Roma de un organismo permanente del apostolado laico, hay numerosa documentación en folletos editados en el Vaticano, de los que restan en archivo bastantes ejemplares.

No me atrevería a evaluar los resultados efectivos de toda esta actividad, pero me queda la impresión de que los congresos mundiales en gran parte resultaron montajes inmensos en los que, explicablemente, fue imposible lograr una unidad significativa y profundo contacto de las delegaciones. Dieron demasiado la impresión de even-

tos espectaculares, formales y oratorios, al interior de los que era difícil percibir una vibración evangélica honda.

Quiero advertir que en los apuntes de este testimonio he recurrido simplemente a mis recuerdos personales y no se puede atribuir a ellos ningún especial rigor crítico. El análisis de los libros de las Semanas, por ejemplo, permitirá rectificar muchos datos. Igual cosa pasará con el material que queda respecto a la Acción Social de la Juventud y otras organizaciones y acontecimientos relativos al apostolado seglar. Esta labor de rectificación y reajuste corresponderá a los que investiguen y estudien rigurosamente el proceso del apostolado laico en el Perú. Yo no tenía la posibilidad de hacerlo. Sin duda, podrá delinearse más adelante la evolución que han experimentado las acciones apostólicas de los seglares y descubrir su más íntimo sentido histórico.

IV Actitud crítica de la Convención Nacional del Cuzco de 1949 sobre la Acción Católica Peruana

Conforme aparece del Testimonio Personal sobre el apostolado laico en el Perú, en la parte referente a la actitud crítica surgida en el seno de la propia Acción Católica, se reclamó a ésta una revisión profunda de la acción cumplida y de los conceptos rectores que la habrían inspirado. Hasta ese momento, cumplidos unos años de vida institucional, la des-cristianización del medio parecía haber seguido su curso sin que se hubiera logrado detenerla en alguna medida.

La celebración del Cuarto Congreso Eucarístico Nacional, en el Cuzco, dio ocasión para que se realizara en el Colegio de Educandas de esa ciudad, los días 13 a 16 de mayo de 1949, una Convención no oficial y con carácter privado, en la que participaron dirigentes, en su mayoría jóvenes, de muchas diócesis del país, que habrían acudido al Congreso. Como fruto de un diálogo fraterno y sinceramente interesado en una toma de conciencia cabal de la responsabilidad específica de la Acción Católica, se llegó a conclusiones precisas que comenta el autor.

SIGNIFICACION DE LA ACTITUD CRITICA

El comentario actual de las Conclusiones a las que llegó la Convención del Cuzco de 1949, se propone dar una visión objetiva de lo que representó una actitud crítica en dirigentes que habían sido los primeros comprometidos en una acción apostólica inédita para el laicado. Esta visión objetiva la intentamos hoy, casi 40 años después de realizada la Convención, y después de lanzadas al mundo las enseñanzas del Concilio Vaticano II. Nos interesa descubrir en muchas de las conclusiones a las que se llegó en el Cuzco, los vislumbres de una conciencia nueva que iba haciendo crisis en el empeño recristianizador.

La primera comprobación que precisaron los dirigentes reunidos, fue la del impacto que produjo en todas partes el anuncio de la Acción Católica. Por primera vez, el Vaticano había convocado oficialmente a los cristianos para que participaran en el apostolado jerárquico.

Esta "convocatoria oficial" deslindaba el campo de la iniciativa apostólica personal y privada para ubicarla en el ámbito de la actividad oficial. Era explicable el desconcierto, y acaso un inconfesado y aun inconsciente celo, de múltiples instituciones privadas que pudieron sentirse desplazadas y algunos de cuyos miembros aun se sintieron obligados a afiliarse a la nueva organización. Se anotó que "existen prejuicios que impiden comprender la Acción Católica, no sólo a los extraños, sino a personas que se afilian a ella sin conocerla plenamente o sin haber asimilado del todo su espíritu" (cl. 1). Se llegó a decir en la Convención, a propósito de muchas asociaciones y cofradías, que su incomprensión de la Acción Católica las llevó, en lugar de colaborar, a asumir una actitud adversa a ella.

Para los "extraños" la nueva organización fue juzgada, unas veces, como de "encubierto propósito político"; otras, como un círculo de "élite", cerrado para muchos católicos que no tenían rango social; o como una cofradía más, para gentes exageradamente piadosas o "beatas". En todo este desconcierto, que afectó al laicado convocado por el Vaticano, se lamentó la falta de comprensión por parte de algunos de los propios gestores, debida en mucho a la "ausencia de formación teológica que los dirigentes seculares, en alguna medida, debieran tener" (cl. 1).

Un punto medular que abordó la Convención fue el del reto que la sociedad moderna lanza a la acción apostólica: Es necesario actuar en un mundo paganizado. Sin embargo "para recristianizarlo hay que estar en él y no huir de él. Tal como se realiza el Misterio de la Encarnación en que Cristo nos redime tomando nuestro cuerpo, así, hay que tomar el cuerpo de ese mundo para penetrarlo de la Gracia de que es portadora la Iglesia"

(cl. 3). Pero el apóstol, para ser portador de la Gracia, ha de vivirla en su persona, no simplemente "ejecutar actos aislados de apostolado" (cl. 2).

"Muchos seculares, a quienes habría correspondido ejercer el apostolado en su medio, creyeron necesario huir del mundo descristianizado para "preservarse" y, con esto, perdieron toda eficacia en él. Asumieron una función de infra-clérigos, o "subsub-diáconos", actitud que determina en el seclar una calidad de seclar disminuido. Ello es inadmisibile porque la Iglesia es un todo orgánico en que cada parte cumple una función específica y por lo tanto no acepta ningún "sub-estado" (cl. 5).

Sólo una auténtica presencia seclar, más allá de "un catolicismo de fórmulas externas sin una visión vital de comunidad cristiana", puede devolver a lo temporal el sentido religioso que tiene en último término todo lo humano y que el laicismo arrebató a la sociedad moderna. Los propios dirigentes de la Convención del Cuzco no podían prever todavía todas las consecuencias de esta falta de verdadera "encarnación" de la Acción Católica inicial, pero percibían ya su ineficacia, y para estudiar sus causas y remediarlas habían acudido a la cita.

Lo que no percibían todavía esos dirigentes era que las estructuras en las que estaba asentada la acción apostólica que ellos cumplían, se resentía del burocratismo propio de lo que no responde a una exigencia vital. Cada día esas estructuras resultaban más artificiales y mecánicas. Hoy somos testigos del derrumbe de todas las juntas y consejos nacionales, diocesanos, parroquiales, de los planes nacionales de acción, de las campañas de moralización, las censuras, etc., etc.

Se vio que la crisis material y espiritual del mundo moderno tiene su raíz en la crisis del laicado, crisis de la

que, por primera vez, toma conciencia la Iglesia con el Concilio Vaticano II. Es importante señalar cómo la Convención del Cuzco, respondía a la inquietud subyacente e informe que apuntaba por todas partes, provocada por una frustración que no se alcanzaba entonces a diagnosticar. El Concilio ha abordado hoy una Teología del Laico, antes conceptualizado simplemente como miembro de la suma de cristianos bautizados, no sacerdotes ni religiosos, sin ninguna connotación propia dentro de la Iglesia. Hoy, como se ha dicho, se le asigna una responsabilidad en la dimensión temporal del Reino, en el mundo que él construye y que él conoce por propia experiencia y sensibilidad.

Ya en una de las primeras conclusiones de la Convención se señala, como prenda de eficacia de la acción seglar, no sólo la presencia de éste en el mundo, sino la superación de su "individualismo sin visión vital de la comunidad cristiana", que, por eso, ha producido tantas veces "un catolicismo de fórmulas externas". El seglar "es eje de una serie de relaciones del mundo temporal que deben ser camino hacia Dios" y, eso no obstante, "actualmente esas relaciones se encuentran descristianizadas sin que haya clara conciencia de ello. Por eso, hay mucha gente, aun de frecuencia de sacramentos, que es sin embargo muy poco cristiana en su vida, porque adolece de grandes deformaciones de criterio en su actuación cotidiana" (cl. 8). Esta debe cumplirse "no con criterio privado (individualista) sino con el criterio de la Iglesia, pues sólo así puede ser verdadera misión. Hay que entender que los seglares son también Iglesia, y no espectadores frente a ella" (cl. 10).

Así, la Convención se concretó a enfocar al seglar en cuanto sujeto de apostolado, incluso refiriéndose a casos desmedidos en que su acción puede acusar cierto "celo

indiscreto" que lo induce algunas veces a erigirse en censor de la autoridad eclesial (cl. 11). Pero, al mismo tiempo, lamenta los otros casos en que se ha seguido el camino más fácil, captando los elementos sin mayor personalidad, en lugar de procurar la conquista de aquéllos que sienten las grandes inquietudes del ambiente, aun cuando tengan orientaciones discutibles, precisamente para enrumbar hacia la Iglesia su desviada espiritualidad. Igualmente, "con frecuencia se ha asumido en la Acción Católica una actitud incomprensiva y negativa, frente a muchos apóstoles que actúan sin la luz del Cristianismo, pero con toda sinceridad, y a quienes hace falta precisamente la acción positiva y de auténtica caridad y comprensión cristiana de los católicos" (cl. 13).

Otro enfoque certero y crucial para la Acción Católica que formuló la Convención fue el referente a la vocación sacerdotal. Ciertamente, una de las preocupaciones de la iglesia peruana, es la de su escasez, percibida como más aguda que en otros países de Latino América. Se reconoció que era una de las características generales provocadas por el laicismo en el mundo moderno. Lógicamente, tal preocupación no estuvo ausente en las conversaciones y se abordaron sus diversos aspectos.

En primer término, se dijo: "se ha cultivado una espiritualidad de evasión que ha postergado el afrontar problemas esenciales de la vida, sobre todo en las ramas juveniles, en las que se ha tendido principalmente a abrir el camino a la vocación sacerdotal y religiosa, antes que a preparar al seglar para su función de tal en la sociedad.

Igualmente, con el mismo criterio realista, se agregó que la formación en la Acción Católica debe ser eminentemente positiva. Debe abrir al joven los grandes horizontes de la vida cristiana, cuya tónica general no es el

renunciamiento sino la conquista de una gran alegría de vivir. Y, por ser la Acción Católica un movimiento genuinamente seglar, la idea orientadora de la formación, en ella, debe ser la necesidad de la presencia de la iglesia en el mundo profano, por el seglar.

Otra conclusión, en esta misma línea, señaló que "el temor manifestado algunas veces de que la concepción estrictamente seglar de la Acción Católica desvíe algunas vocaciones apostólicas del sacerdocio o del convento, es absolutamente infundado porque precisamente la Acción Católica, al dar una visión más cristiana de la vida, exalta la veneración por el sacerdote y si la vocación existe, el trabajo apostólico en lugar de apagarla o desviarla, la hará florecer" (cl. 16).

Una vez más, por otra parte, se insistió en la importancia crucial del sentido de comunidad para lograr la "encarnación" cristiana del mundo. "El riesgo, se dijo, que para el apóstol seglar constituye el ambiente pagанизado en que debe actuar, se salva por el trabajo en comunidad, logrando así un ambiente eclesial seglar en el mundo temporal. La actuación exclusivamente individual, está siempre en riesgo de ser ahogada por la influencia colectiva de la sociedad" (cl. 17).

Avanzando, después del problema de las vocaciones, al de la función del sacerdote en la Acción Católica, se precisaron conceptos sobre la asesoría que le incumbe cerca del seglar. Este tema era especialmente delicado porque no se trataba ya simplemente de escasez sino de criterios certeros en una función que, mal llevada, podía enervar, desviar o frustrar la actividad apostólica del seglar; muchas veces, por cierto, con responsabilidad no siempre del sacerdote, sino del propio seglar.

Así, se señaló que como consecuencia de la visión deformada de la Iglesia que provocó el laicismo, los propios seglares de la Acción Católica entendieron a ésta como una asociación piadosa más, y pidieron al sacerdote dirección, como en todas esas asociaciones, y no asesoría, como lo requiere la naturaleza de la Acción Católica. Esperaron de él la solución de todos los problemas, sintiéndose ellos incapaces de tomar la iniciativa del apostolado (cl. 18).

Se agregó luego "que este error en la concepción de la función del asesor, ha impedido que el seglar, mermando en su iniciativa y sentido de responsabilidad, haya logrado una vigorosa personalidad apostólica, por lo que ha carecido en gran parte de eficacia en su labor. El Asesor, al dirigir en vez de asesorar, ha disminuído, sin quererlo, en vez de formar la personalidad del laico" (cl. 19).

Este error en la función de asesoría se explicó porque "la escasez de asesores con un claro concepto de su función de tales, se debe además a que esta función reclama una actitud mental nueva, a la que no ha estado habituado el sacerdote, normalmente en posición directiva frente al seglar. La asesoría significa la labor, excelente pero difícil, de penetración sagaz para inspirar, sin limitar, la iniciativa del laico; renunciando en el trabajo de Acción Católica a su propia iniciativa. Sólo así podrá ser verdaderamente fecundo en el seglar el espíritu de la Iglesia que ha de infundirle; sólo así podrá el asesor ser verdadera alma del movimiento, de la cual depende la eficacia y calidad de éste" (cl. 20).

No dejó de discutirse, por cierto, sobre la dificultad y el riesgo más agudo que se confrontaba al tratarse de los primeros pasos de la Acción Apostólica, "aun cuan-

do en la etapa inicial de un grupo de Acción Católica, la falta de iniciativa del seglar dificulte seriamente su progreso, es necesario que el asesor no la supla asumiendo temporalmente la dirección, porque en esta forma el seglar no adquirirá nunca la iniciativa que le falta. Precisa que el sacerdote, pacientemente, sugiera y cultive la iniciativa del dirigente sin abandonar nunca su función de asesor" (cl. 21).

Pero no sólo incapacidad de la iniciativa, se vio también que la iniciativa del seglar no signifique "tampoco una acción preponderante, poco permeable a la influencia del asesor, y menos la actitud personalista que frustra la esencia comunitaria de los organismos de la Acción Católica" (cl. 22).

Se agregó además, que esa esencia comunitaria no hay que cuestionarla sólo como se da en los que "entienden la Acción Católica como una cofradía más, sino también en aquellos que viven satisfechos en un pequeño mundo católico (familia, colegio, centro de amigos) sin abordar las grandes inquietudes y los enormes problemas del mundo profano. Es frecuente que algunos centros de Acción Católica se cierren como cenáculos, de clima espiritual agradable, entre amigos, pero sin ninguna eficacia apostólica" (cl. 23).

En contraposición a tal referencia de ineficacia apostólica, y para cerrar los trabajos de la Convención, se abordaron algunos temas que por su magnitud comprometen la efectividad del apostolado. En una de las últimas Conclusiones se aludió a "la realidad heterogénea del Perú en sus diversas zonas" (cl. 27), que exige que el apostolado laico sea, pese a esa heterogeneidad, "un organismo vivo coherente con sus exigencias internas y las del medio en que va a actuar, y sin imponerlo como un

esquema a priori, ajeno muchas veces a las posibilidades vitales de la Acción Católica”.

En realidad, esta referencia puso sobre el tapete el problema de fondo, que es el mismo en los ámbitos más distantes y dispares, para todas las instituciones que de algún modo pretendan ejercer cualquiera suerte de gobierno en el Perú: la compleja realidad geográfica, étnica, cultural, etc., del país. La Acción Católica jamás había sido pensada en función de tal circunstancia y no era difícil que se “tornase en un mecanismo meramente burocrático y por eso las Juntas y Consejos habían funcionado muchas veces artificialmente, sin contacto con la realidad” (Cl. 26) o habían incurrido en el lamentable extremo señalado antes del “cenáculo de clima espiritual agradable, entre amigos pero sin ninguna eficacia apostólica”.

Partiendo de esta realidad, y para superarla, se sopesó la exigencia de lograr para la Acción Católica personalidades de una formación sólidamente autónoma. Para esto, se juzgó exigibles capacidades de penetración mental y decisión que las hicieran idóneas ante los problemas que fuera menester afrontar, pero sobre todo de una cultura religiosa y una espiritualidad ejemplares. La última de las Conclusiones aconseja que “para formar personalidades en la Acción Católica precisa el contacto con fuentes que de suyo produzcan una transformación interior, como son los Evangelios” (cl. 30). Se pensaba que sólo accediendo a una profunda convicción de la trascendencia de su apostolado podrían los seglares cristianos cumplir la auténtica exigencia de su vocación.

Ya se ha dicho que las Conclusiones de la Convención del Cuzco, aprobadas por el Cardenal Guevara, suscitaron sin embargo, al ser comunicadas a todas las

Juntas y Consejos de la Acción Católica, una fuerte reacción. Se juzgó que atentaban contra el tradicional enfoque de la Acción Católica, exclusivamente como fuerza auxiliar de la Jerarquía, sin reconocer a la acción del seglar otro alcance que éste, el que se llegó habitualmente a formular, en su base, como la "ayuda al Párroco". Toda otra proyección se juzgó atentatoria contra la autoridad jerárquica. No se aceptaba ningún atisbo de autonomía del laicado en la edificación del Reino en su dimensión temporal.

Hoy, el Concilio Vaticano II formula una definición positiva del laicado: "laicos son todos los fieles, en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo; ejercen a su manera en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano, en la parte que les corresponde" (Lumen Gentium, 31). La Convención del Cuzco constituye, como se ha dicho antes, un vislumbre de esta concepción.

El Doctor César Arróspide de la Flor fue el primer Presidente Nacional de la Acción Católica Peruana, designado por la Asamblea Episcopal reunida en Lima en octubre 1935 con motivo del Primer Congreso Eucarístico Nacional y a raíz de la implantación por el Vaticano de la organización oficial del Apostolado Seglar. Más adelante, el Dr. Arróspide ocupó, por segunda vez, la misma Presidencia a fines de la década del 40.

Desde su juventud fue uno de los principales gestores laicos del apostolado, en los años 20, en instituciones como la Acción Social de la Juventud, el Centro Fides y la Federación Diocesana de la Juventud Católica.

Igualmente, fue gestor principal de las seis Semanas Interamericanas de Acción Católica, celebradas en Santiago de Chile, la Habana, Chimbote (Perú), Atlántida (Uruguay), Guanajuato (México) y Buenos Aires.

Aparte de su vocación apostólica, el Dr. Arróspide ha quedado identificado, a través de su actividad intelectual, como maestro y escritor en el campo de la música y la cultura en general.